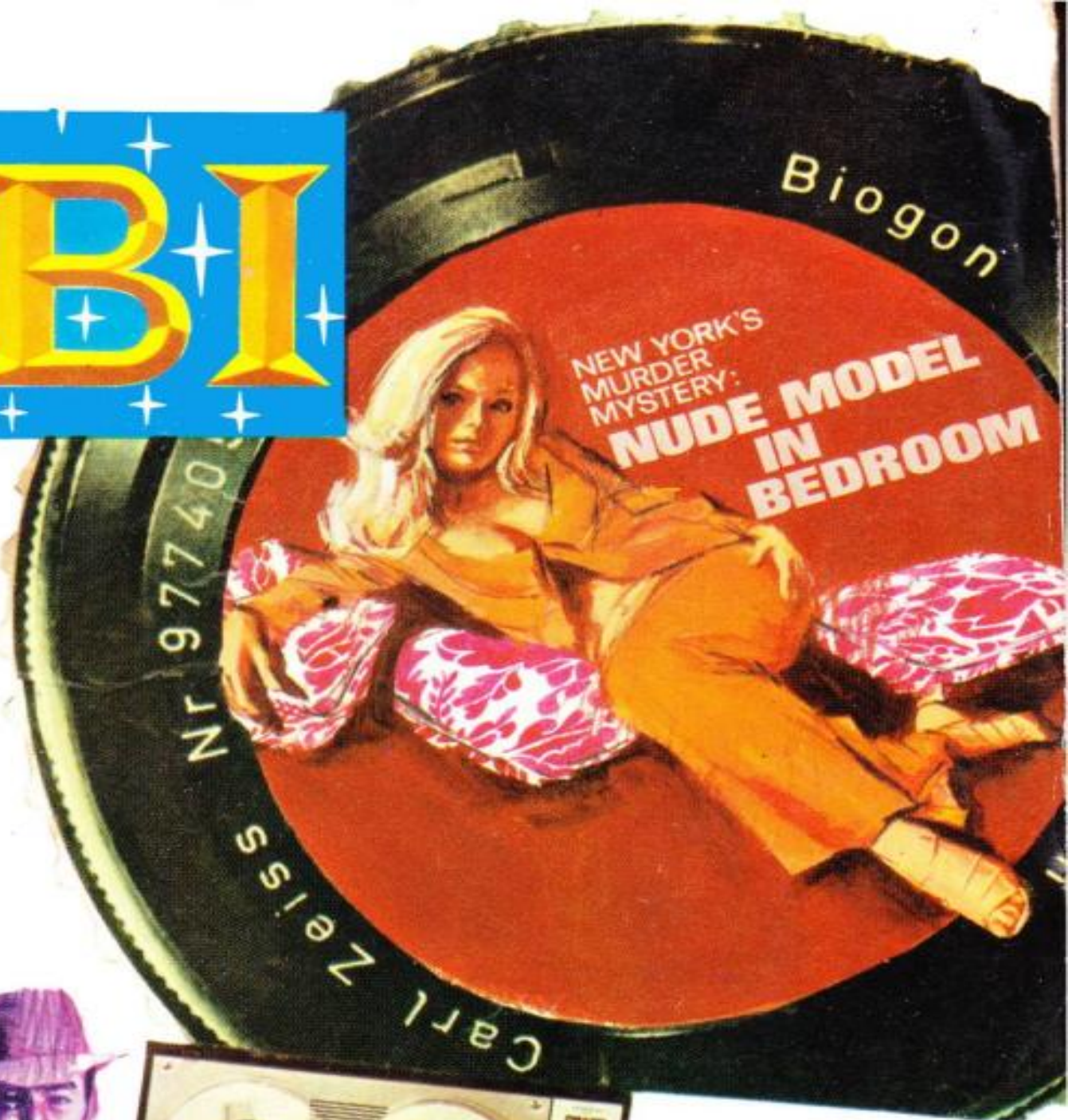


FBI

R



DONALD CURTIS

SHARON



© Donald Curtis
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 20.211 - 1971

Printed in Spain

Suc. de Rivadeneyra, S. A. - MADRID

DONALD CURTIS

Sharon

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

PRIMERA PARTE

ASÍ CONOCÍ A SHARON

CAPÍTULO I

La conocí aquel día invernal.

Estaba nevando en las calles de Manhattan. Hacía frío, ese frío suave y casi apacible que sustituye al más intenso y crudo, anterior a una nevada. Además aquella era una de las más intensas nevadas que recuerdo. Quizás la más fuerte de los últimos diez años, y eso que el invierno de Nueva York es duro y poco dado a concesiones amables con sus habitantes.

Nunca olvidaré aquel día, por muchos años que transcurran. Nunca...

Fue el once de diciembre de aquel año. Ya había preparativos navideños por doquier, y los grandes almacenes y tiendas de regalo, ofrecían la especial iluminación de esas fiestas, con temas alusivos a las Pascuas, desde el trineo de renos llegados del Norte, la inefable figura roja y blanca de Papá Noel, y las alusiones al Nacimiento del Niño Dios en la noche invernal de Belén. Lo de siempre, hábilmente manipulado por los comerciantes para su propio lucro. Lo de siempre, por supuesto.

Aquel once de diciembre no es fácil que se olvide. Ni por mí, ni por ninguno de los demás. Los demás que también la conocieron, la trataron y supieron quién era ella. Quien era Sharon, por supuesto.

Sharon...

Su nombre todavía suena como una melodía en los oídos de quienes la conocieron. Sharon...

Algunos la habían conocido antes de aquel día. Y eso salieron ganando ellos. Porque a Sharon valía la pena haberla conocido así, antes de aquella fecha de diciembre. A mí también me hubiera gustado conocerla antes de entonces. Me hubiera gustado mucho, pero eso no fue posible, y no tiene remedio. Nada de lo que ya ha sucedido tiene auténtico remedio, porque no se puede volver nunca atrás. Lo que ocurrió queda ahí. Forma parte del pasado, y el pasado es inamovible.

Sólo se puede volver la vista atrás, pensar en lo que sucedió, en lo que pudo haber sucedido y no llegó a suceder... Así, yo me lamento hoy en día de no haber conocido a Sharon antes de aquel día.

Cualquier otro día, pero antes.

Yo, Mark Vincent, tengo mis razones para pensar así.

Porque para quien no lo sepa, igual daría conocer a Sharon días antes o días después. A la vista de su belleza, ante cualquiera de sus espléndidas fotografías de semidesnudos artísticos, en los que su anatomía magnífica, esbelta y arrogante, era como un desafío a la propia Naturaleza, el desafío de lo perfecto, lo hermoso y lo generoso, que difícilmente puede repetirse ya en un futuro cualquiera. Y que, ciertamente, en modo alguno puede superarse.

Sí, quien no lo sepa, pensará así. Tanto daría conocer a Sharon Weld un día u otro. Lo importante sería eso, simplemente: conocerla. Verla, tratarla, sería ya gozar de algo incomparable. Presenciar de cerca su belleza, admirar su atractivo, ponderar su elegancia... Eso bastaría.

Sin embargo, yo Mark Vincent, pienso lo contrario.

Yo creo que hubiera cambiado todo tanto, de haber conocido a Sharon justamente una hora antes...

Porque hubiera sido una gran diferencia. Porque hubiera podido decir que realmente conocí a Sharon Weld.

Eso parece desdecirse de lo que antes afirmaba. ¿Que no conocí a Sharon? Pues... sí y no.

La conocía, en efecto. La vi aquel once de diciembre, mientras la nieve caía afuera, blanqueando Manhattan, mientras por doquier sonaba «Jingle Bells» o «Silent Night, Holy Night» o «Santa Claus viene a la Ciudad».

Lo malo es que cuando la vi, cuando la conocí, ella estaba muerta.

Muerta. Asesinada.

* * *

—Muerta, sí.

—¿Asesinada?

—Sí, Vincent. Asesinada.

Froté el mentón, pensativo. Escribí algo en mi agenda de tapas de hule negro. Luego, miré el cuerpo tendido en la alfombra roja.

Era un contraste fantástico, de increíble colorido. El cuerpo casi desnudo, de virginal apariencia, como una Dafnis paradisiaca o una Julieta espiritual, yacía formando una suave, mórbida masa armónica, rosada, casi marfileña por la muerte, sobre el color escarlata intenso de la espesa moqueta suave, donde los pasos ni siquiera sonaban.

La miré, sorprendido de que un cuerpo sin vida pudiera tener tanta armonía, tanta belleza vital, por paradójico que esto resulte. Luego, compasivo, hice un gesto al policía que sujetaba la pieza de tela color beige, posiblemente un cobertor de cama.

—Puede taparla, agente —dije— Ya la he visto. En vida, debió ser un deleite contemplarla así, pero ahora creo que solamente puede producir interés profesional, desgraciadamente para ella...

—Sí, es lo que pienso yo —suspiró el policía, obedeciendo mi indicación— ¿Ha visto las fotografías de la alcoba? Algo maravilloso, señor. Un color perfecto... el cuerpo de ella que lo decía todo. Lástima que haya sucedido esto...

—Sí, lástima —convine— Pero también me dan pena las muertes cuando son feas o mal formadas. Sobre todo, cuando son todas ellas jóvenes, como en este caso... De todos modos, imagino

lo que serán las fotografías. He visto algunas antes de venir acá. No eran en color, pero se podía apreciar lo que era el cuerpo de Sharon Weld.

—Era la modelo de fotografías mejor pagada en Nueva York —dijo el teniente Lundigan, cerca de mí, caminando pesadamente por la alfombra, como si en vez de pisar la moqueta de lujo color rojo, estuviera pisoteando la hierba de su pueblo natal, allá en Kentucky — Esta clase de chicas siempre terminan así...

—Sí, es habitual en ciertos ambientes de lujo, pasiones, vicios, ambiciones desmedidas... —reflexioné, haciendo otra anotación. Contemplé el bulto del cuerpo femenino tapado por la tela. Sacudí la cabeza— Pobre chica...

Lundigan me miró con sus ojos muy azules y cándidos, desde la cara cuadrada, maciza y enérgica. Sepultó las manos en los bolsillos de su gabardina marrón, desabotonada.

—En cuanto vi el panorama, les avisé a ustedes —me dijo— Creo que este es un asunto claramente federal, ¿no cree?

—Eso parece —convine— Intervienen en él varios delitos de jurisdicción federal conjuntamente. Hizo bien en avisarme, teniente. Yo me haré momentáneamente cargo del asunto. El inspector Kellog está fuera de Nueva York, y el agente Erikson está dado de baja por enfermedad. Me ocupo accidentalmente de asuntos metropolitanos de jurisdicción federal...

—Pues espero que no le haya ido a complicar la vida, Vincent —suspiró Lundigan, ceñudo— No me gusta demasiado este asunto en principio la verdad.

—A mí tampoco —sonreí, distraído—. Un crimen nunca gusta, teniente.

—No es sólo por eso. Es que esa chica, Sharon, era popular, deseada, amada, odiada y envidiada por muchas personas. Los hombres la codiciaban y las mujeres la aborrecían. Pero a veces, igual puede matar el que ama en exceso como el que odia demasiado...

—Imagino que habrá muchos sospechosos, ¿no?

—Demasiados. Hay mucha gente que pudo matar a Sharon Weld.

—Sólo nos interesará una persona, llegado el momento: quien realmente lo hizo.

—Sí, pero ¿quién?

—Eso es lo que tengo que descubrir, teniente —dije, preocupado. Paseé por el gabinete. Me detuve ante los dos altos vasos de combinado. Uno mediado de licor aún el otro con apenas un dedo en el fondo. Los examiné. El mediado, llevaba huellas de rouge labial en su borde. Al lado, un cenicero de vidrio azul, con cigarrillos aplastados. Conté hasta ocho puntas. Cuatro emboquilladas. Cuatro sin emboquillar.

—Todo parece indicar que hubo dos personas aquí —dije— ¿Quién fuma emboquillado?

—Lo fumaba Sharon. Hemos encontrado cigarrillos emboquillados en su bolso. Y en esa caja —señaló una de madera pulida, sobre una mesita— Son de su marca, Vincent.

—Ya. De modo que ella fumaba emboquillado, y su visita sin boquilla. Posiblemente era un hombre.

—Muy posible. De noche, en su apartamento, bebiendo, fumando y oyendo música... lo probable, es que fuese un hombre.

—¿Música? —miré el tocadiscos, con sistema estereofónico en dos ángulos de la sala. Me incliné. El plato estaba detenido, pero había un disco puesto. Un single con una sola canción por un lado.

—Lo desconectamos al llegar. El disco se repetía mil veces, y llegó a ponerme nervioso. Ya ve que es automático. Si no se ponen más discos, al terminar el que tienen ahí, se repite desde un principio. Es muy bonito, pero todo molesta, incluso lo agradable, cuando se escucha demasiadas veces.

—Sí, lo entiendo —tomé un pañuelo y pulsé una tecla, el aparato se puso en marcha. Se iluminó su plato y una pantalla de verde suave. Poco después, giró el plato, sonó el sistema de altavoces. Y una melodía de violines, piano y saxo, se extendió por la estancia,

suave y lenta. Una voz de mujer cantó, espesa y profunda, sobre las notas del teclado, en ritmo de blues.

La voz de mujer mencionó varias veces, en el refrán de la canción, un nombre femenino harto significativo:

[¹] "Sharon...
she is the love, she is the dream,
Sharon,
loves a man, loves to yon...
You be my heart, be my spell...
«cause you «ll never
loose your
Sharon...
Sharon,
I'm, I'm, yes, forever I'm for you...»
Sharon,
me, your girl, your love, your heaven and hell...

Era una voz cálida, profunda, sensual y llena de extrañas inflexiones de sensibilidad sutil. La música siguió. También la canción, melodiosa y expresiva. Miré a Lundigan.

—¿Quién canta eso? —pregunté.

—Sharon, desde luego. Era una grabación propia, y una canción escrita para ella por Lawrence Evans. Él le hizo letra y música, y ella la cantó. No acostumbraba a cantar, pero lo hizo esa vez, y gustó. Se vendió bastante el disco. Evans estaba loco por ella.

—¿Es el mismo Evans de los musicales de Broadway?

—El mismo, sí. ¿Qué opina de la canción?

—No soy un experto ni un crítico. Pero me gusta. También me gusta la voz de Sharon. Suave, sensible, con gusto... Debió cantar más canciones, no hay duda. Lo hacía muy bien.

—Pienso lo mismo. Lo raro es que estuviera escuchando el disco precisamente anoche, en compañía de alguien... y luego fuese muerta. Ese disco lo publicó hace ya algún tiempo. No creo que se pasara la vida escuchándose a sí misma.

—Bueno, ya trataremos de descubrir eso —dije, pensativo—. Detuve el tocadiscos y dejó de sonar «Sharon» la canción. Di unos pasos por la estancia, examinando todo a mi alrededor. Desde varios muebles, me sonrió inmóvil la hermosa efigie de Sharon. Me sentí ligeramente inquieto. Era tan buena modelo fotográfica, que parecía vivir en cada pose y en cada mirada.

Pasé a la alcoba. El agente de policía de la División de Homicidios tenía razón. Aquella chica tenía algo especial para las fotografías. Y las fotografías de su alcoba eran aún más especiales.

Dos de ellas, de gran tamaño, enmarcadas en dorado, aparecían frente a su lecho. Posiblemente era una concesión algo narcisista, porque de ese modo, ella se contemplaría, casi tan vestida como Eva, en aquellas dos poses bellísimas, de color suave, como natural, y perfecto arte del retrato fotográfico.

Había otras fotografías de pequeño tamaño, en marcos sobre los muebles, y una serie de ellas en un solo marco apaisado, sobre otro muro, junto al balcón abierto a la terraza del edificio. Miré al exterior. La nieve se acumulaba sobre la terraza, blanqueando las plantas, los muebles metálicos, el toldo y las barandillas. Abajo, Manhattan, era un ascua de luz en el atardecer, tras un velo blanco de algodonosos y lentos copos de nieve que iban cayendo pausadamente del cielo color gris plomo.

El lecho intacto, el cobertor color naranja intenso, la mesilla con un gracioso reloj despertador, un teléfono también naranja, un ejemplar del Decamerón de Bocaccio, encuadernado en piel azul, con caracteres de oro; una alfombra de piel de leopardo, posiblemente pura imitación. En el tocador, de espejo ovalado, frascos en porcelana con dibujos al fuego, estilo rococó. Un aroma tenue en la estancia. Perfume. Un perfume fresco, de flores. Yo no era experto en perfumes ni en flores. Pero me pareció un aroma de

gardenias o cosa parecida. Fuese lo que fuese, era agradable, suave, sin resultar pegajoso.

—¿Qué le parece todo esto, Vincent? —me preguntó Lundigan desde la puerta.

Me volví. Estaba apoyado en la jamba, indiferente. El apestoso olor de su tabaco de pipa se mezcló ahora con el perfume de Sharon Weld. No me gustó.

—El santuario de una mujer que se amaba a sí misma —sentencié— Y que era fácil de resultar amada por los otros, lógicamente. Hermosa, poseída de sí y de gustos sin estridencias. Es poco, pero es algo. No sé nada sobre Sharon. Tendré que imaginar primero como era ella, antes de meterme más a fondo en averiguar cómo era la gente que la rodeaba.

—Posiblemente esa gente que la rodeaba, le permitirá a usted conocer mejor a Sharon Wald —señaló vivamente Lundigan, despidiendo una hedionda nube de humo de su boca— Sobre todo Luther.

—¿Luther? —enarqué las cejas— ¿Quién es él?

—Luther Stern.

—Me suena el nombre. ¿Alemán?

—De origen. Americano de nacionalidad. Un genio en lo suyo.

—¿Y qué es «lo suyo»?

—Eso —señaló las fotografías— ¿No ve la firma?

La miré. Asentí. Era L. Stern.

—Ahora sé por qué me era familiar —comenté— Luther Stern. Publica portadas de arte en magazines especialmente para hombres.

—Eso es. El mismo hombre. Ha fotografiado tan vestidas como Eva, a auténticas luminarias del cine mundial: Kim Novak, la Mansfield, Anita Ekberg, Ursula Andress, Claudia Cardinale...

—Y Sharon.

—Sí —suspiró él— Y Sharon. Eso salta a la vista...

Paseó hasta un muro de espejos. Lo movió. Era solamente un armario empotrado, largo y compacto. Había allí dentro docenas de

traje de día, de tarde, de coctel, de noche, y abrigos, capas de piel, zapatos en hilera, bolsos, sombreros...

—No sé para qué quería tantos —le oí gruñir a Lundigan— Siempre la vi como en esas fotos. Y como está ahora en la alfombra: sin apenas nada encima.

—Supongo que de vez en cuando tenía que vestirse —comenté pensativo. Luego silbé entre dientes— Tenía mucha ropa. Y buena. Ganaría mucho dinero, ¿no?

—Evidentemente. Hallamos un talonario de cheques entre sus cosas. Comprobamos su cuenta bancaria inmediatamente.

—¿Y...?

—Llegó a reunir una suma importante: trescientos mil dólares.

—Sí que es importante —asentí— Este apartamento en el corazón de Manhattan, ropas, abrigos, bolsos, zapatos, perfumes caros, posiblemente joyas... y dinero también.

Lundigan había abierto de golpe un joyero sobre el tocador. Sí había joyas, ciertamente. Muchas joyas. Al menos una veintena de piezas, todas valiosas. Oro, platino, brillantes, perlas y rubíes.

—Tenía trescientos mil, Vincent —me contó Lundigan, pensativo— Pero eso era hace cosa de cuatro días. Últimamente retiró tres cantidades fuertes, con intervalos de veinticuatro horas. Noventa mil dólares cada vez. Dejó treinta mil en su cuenta.

—Es mucho dinero para retirar en efectivo —señalé.

—Es lo que dije yo. Y es lo que dijeron en el Banco. Ella nunca retiró dinero. Y menos en esa cuantía. Es más, acostumbraba a ingresar. Poco o mucho, pero siempre más. Como una hormiguita.

—Y, de repente, se nos vuelve cigarra —sacudí la cabeza— ¿Hay rastro de dinero en esta casa?

—No, nada. En un bolso, tres billetes de cien dólares, uno de cincuenta, dos de veinte, tres de diez y cuatro de dos. Algunas monedas, y eso era todo.

—¿Resguardos, recibos, facturas, alguna compra reciente...?

—Nada, Vincent, al menos, por el momento.

—Sí, entiendo. El misterio sigue impenetrable. Y se complica con nuevas cosas.

—Esa maldita carta... Es un detalle absurdo, ¿no cree?

—Ah, la carta... —asentí—. Sí, no tiene mucho sentido. Alguien la amenazaba, eso es todo. Utilizó otras veces el correo, no hay duda. Eso es delito federal, pero usted no nos avisó solamente por eso, Lundigan.

—No, claro que no —masculló el policía— No me gustó nada que Lyman Sylvester estuviera mezclado en el caso de Sharon Wald. Nada de nada.

Reflexioné. Lyman Sylvester. Era un motivo para que el F. B. I. estuviera metido en aquello ahora. A Lundigan le había asustado el nombre. Además, estaba la carta, con el sobre rasgado, el sello timbrado en una estafeta postal de Bronx... Una amenaza de muerte. Y no era la primera. Amenaza de muerte utilizando el correo. Delito federal.

Y Lyman Sylvester, un condenado a muerte por alta traición y sabotaje con asesinato. Un hombre entregado a la Justicia precisamente por nosotros; por el F. B. I. Lyman Sylvester, capitán de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Traidor a su país, a su bandera y a su uniforme. Pena capital. Estaba a punto de cumplirse. A primeros de año.

Y ahora resultaba que Lyman Sylvester era el esposo secreto de una mujer muerta, asesinada en su apartamento de Manhattan. Esposo de Sharon Weld.

CAPÍTULO II

Volví a leer la carta. Era la tercera vez que lo hacía:

«Sharon:

Voy a matarte. Pronto. Ahora, cualquier día. Te avisé ya otras veces. ¿No te asustaron las otras cartas, sucia ramera?

Te mataré, Sharon Weld. Serás muerta a mis manos. Muerta, perra, bastarda y lasciva pecadora.

Tienes contadas tus fechas. Acaso incluso tus horas. Asústate, Sharon porque esta es ya la última carta. La última.

La próxima vez no habrá carta. La próxima vez, estaré yo ahí, a tu lado. Yo... y la muerte.

Adiós, zorra hermosa y sin conciencia.

John Death».

John Muerte. Un feo seudónimo. Una carta sucia y llena de insultos. De amenazas y de odio. Casi de fanático deseo de matar...

La dejé a un lado. Junto con aquel documento que Lundigan hallara entre los papeles más íntimamente guardados por Sharon. Junto con el certificado de matrimonio, ante un juez de paz de una

pequeña población del Estado de Nueva York, mediante el que se declaraban legalmente marido y mujer a Lyman Sylvester, oficial del Arma Aérea, y a Sharon Weld, de profesión modelo.

El certificado de matrimonio...

Un documento ignorado hasta entonces. En el proceso escandaloso al traidor, nadie había hecho la menor sugerencia a tal boda. Es más, Sylvester había estado casado con una tal Rose Garfield, nombre de soltera, divorciado posteriormente de ella, cuando se le juzgó alegó estar soltero. Nadie probó lo contrario, ni Sharon apareció en escena, ni persona alguna mencionó aquella boda.

El documento tenía una antigüedad de once meses. Pudo estar en vigor actualmente, o acaso haber existido un nuevo divorcio, pero de cualquier modo que ello fuese, algo era indiscutible: había una gran cantidad de probabilidades de que Sharon fuese aún la esposa de Sylvester... cuando éste cometió su acto de traición.

Sí. Era un asunto para el F. B. I. ciertamente. El correo utilizado como medio de amenazas de muerte, una boda oculta, con un traidor condenado a la pena capital...

Así iba el caso de Sharon Weld, la modelo muerta en Manhattan. No me gustaba nada, pero yo no podía hacer nada por evitarlo. Absolutamente nada, salvo seguir adelante en la investigación.

Poco más tarde llegó la ambulancia. Se llevaron el cuerpo de Sharon, dejando sobre la alfombra roja solamente su perfil, dibujado con pintura blanca, especial. La silueta quedaba perfectamente definida: un desnudo cuerpo de mujer.

Eso me hizo sentirme mejor. —Era igual que si Sharon Weld continuara allí, tendida ante mis ojos. Un desasosiego especial me invadía, sin saber por qué.

Di unos paseos por la estancia. Me detuve delante de la forma dibujada. Lundigan redactaba para su Departamento las notas del caso. Le oí hablar en voz alta, leyendo entre murmullos sus informes:

—«Sharon Weld... Muerta violentamente por persona o personas desconocidas... Llevaba muerta unas ocho horas cuando fue hallada. Eso quiere decir... muerta entre una y dos de la madrugada... El informe forense... Muerte producida por estrangulación... Utilizaron una bufanda de seda, propiedad de la tal Sharon... Estaba cerca del cuerpo. Manchada del mismo maquillaje que la piel de la víctima... Sin huellas... La bufanda tenía las iniciales de ella: S. W...»

Era como un soniquete o una cantilena lejana. Igual que una música de fondo o el murmullo de la lluvia. Yo apenas le oía. Estaba examinando justamente la pieza que él mencionaba en su informe.

La bufanda roja.

Me volví de repente.

—Lundigan, no es seda —dije. Entiende poco de tejidos. Es fibra sintética. Nylon o cosa parecida, pero no seda.

—Vaya... —rezongó, borrando con aspereza en sus apuntes— «Tejido sintético... Posiblemente nylon» Ya está. Gracias, Vincent. No entiendo mucho de tejidos, es cierto.

—Después de estrangularla, arrancaron la bufanda de su cuello, para dejarla caer... Quizás no llegaron a anudarla. Sólo pasarla por su cuello, apretar...

Hice la acción con mis manos, sin tocar la bufanda. Posiblemente sucedió así. No importaba mucho. Lo importante era saber si ocurrió por delante de Sharon, cara a cara con ella... o por detrás.

Eso y su desnudez, eran dos detalles significativos. No era nudista, por mucho que se hiciera fotografías sin ropa. Resultaba absurdo hallarse en aquel gabinete, oyendo música bebiendo y fumando... tal como la encontramos. La temperatura era grata allí, aún en una madrugada invernal, pero...

El detalle era incongruente, aunque hubiera sido un amante suyo quien estuviera presente esa noche en el apartamento de Manhattan. Carecía de auténtico sentido. Ni siquiera me imaginaba

una escena de alcoba, al estilo de aquel libro clásico que ella conservaba entre sus cosas, el Decamerón.

No, había algo más. Algo mucho más extraño y sorprendente, fuese ello lo que fuese Y como aún no lo entendía, ni esperaba entenderlo dándole vueltas en mi cabeza, opté por dejarlo y olvidarlo. Al menos, de momento.

—Creo que habrá que visitar a alguien, teniente —dije de pronto.

—¿Eh? —Lundigan, sorprendido, se volvió hacia mí— ¿Visitar? ¿A quién?

—A Lyman Sylvester, naturalmente.

—Lyman... —el teniente sacudió la cabeza— Necesitará un permiso especial del Gobernador del Estado. Recuerde que está esperando la ejecución...

—Sí, lo recuerdo muy bien —afirmé, pensativo— No es un detalle fácil de olvidar.

—En Sing-Sing no conceden fácilmente permiso para visitar a los reos a muerte. Ni siquiera a un agente federal, si no hay un motivo muy concreto...

—Es que lo hay: un crimen.

—¿A quién se lo va a decir, para obtener ese permiso, Vincent?

—Al F. B. I. por supuesto. Al Gobernador. Y también a Cornell Lehman.

* * *

—¿Cornell? Sí, está en el jardín, trabajando al aire libre... Pase, por favor, Vincent.

Y la señora Lehman me escoltó hasta el verde prado donde, bajo la sombra de los árboles, Cornell Lehman trabajaba, en la mañana fría y seca de aquel día doce de diciembre, fecha inmediata al hallazgo del cadáver de Sharon Weld en su apartamento de Manhattan.

Trabajar en diciembre, al aire libre, puede parecer extraño, especialmente cuando alrededor hay nieve amontonada, y la temperatura en Nueva York, es de bastantes grados Fahrenheit por

debajo de cero. Pero el «trabajo» de Cornell Lehman, agente especial de la CIA norteamericana, era de muy especial carácter y justificaba el frío aire libre.

Sencillamente, estaba entrenando con tres hombres altos, fornidos y de cráneo rapado. Todos ellos de facciones orientales. Con blusas blancas y pantalones. Con cinturones negros. Judokas. Y observé la técnica del «juego». Ni siquiera practicaban judo. Era karate.

Por supuesto, sólo amagaban los golpes, sin llegar a descargarlos, porque todos eran mortales de necesidad. Sorprendido, curioso, observé el entrenamiento al frío aire matinal, sobre el césped helado, donde crujía la escarcha. A mi lado, la arrogante, señorial figura de la señora Lehman, parecía una estatua helénica. Alta, esbelta, con su cabello rubio suave, tirante hacia atrás, peinado con un tenso moño en su nuca, estirando las facciones clásicas de la hermosa dama. La larga bata color azul turquesa, se amoldaba ampliamente a unas formas suaves, elegantes, sin estridencias ni opulentas curvas. Todo en ella era digno de su estirpe y de su origen: una familia europea, distinguida y rica, afincada tiempo atrás en la Quinta Avenida de Nueva York. Los Balsam eran gente selecta en la high society de la Costa Atlántica del país.

Y Deanna Balsam, al casarse con Cornell Lehman, agente especial de la Agencia Central de Inteligencia —La no siempre bien protegida CIA americana— se había convertido en Deanna Lehman, esposa de un hábil agente del Contraespionaje USA, y a la vez también un hombre de fortuna personal, porque los Lehman de Filadelfia no eran precisamente unos pobretones, y solamente Cornell había dejado la estirpe industrial y financiera de su gente, para ser algo más inquieto, insólito y sorprendente, como era pertenecer en calidad de agente activo a la Central Intelligence Agency que dirigía el inefable míster Allen Dulles.

Cornell me vio en seguida. Agitó su mano cordial mente, y vino hacia mí a largas zancadas, no sin antes eliminar, en un

escalofriante alarde de seguridad, fuerza y técnica a los tres adversarios orientales, de tres golpes de karate solamente insinuados, con tijeras de piernas, golpes de canto con sus manos y cosas así.

Sudoroso, pese al frío día invernal, vino hacia nosotros, enjugándose la transpiración de su piel con una esponjosa blanda toalla. Besó a Deanna y ella siempre altiva, siempre en gran señora, me señaló con cortés deferencia.

—Cornell, un amigo tuyo y colega, en cierto modo. Es Mark Vincent, del F. B. I.

—Sí, le recuerdo bien —me tendió su mano abierta. Se la estreché. Parecía tener tendones de acero y músculos de granito. Sin duda el karate era un eficaz sistema de endurecer el físico. Me sonrió abiertamente, con jovialidad—. Creo que trabajamos juntos una vez Vincent: el caso Sylvester, ¿no es cierto?

—Sí —afirmé— Y bien cierto. Usted aportó las pruebas. Yo arresté a Sylvester. ¿Cómo va todo, Lehman?

—Como siempre —jadeó, cansado. Me señaló el interior de la casa— Entremos. Al aire libre solamente se puede estar cuando se hacen ejercicios violentos. Tenemos un invierno muy frío, Vincent.

—Mucho —convine siguiéndole al interior de la vivienda confortable, amplia y luminosa, que tenía en Queens— Pero usted sabe entrar en calor, Lehman.

—Oh ¿eso? —señaló al exterior— Simples ejercicios de preparación. Tenemos un cursillo especial de karate este año. No estoy muy fuerte aún en esa asignatura, y quiero perfeccionarme. Hoy en día hay que dominar toda clase de medios de lucha. Usted sabe lo que es nuestro trabajo.

—Sí, tengo cierta idea —reí entre dientes.

Nos acomodamos en un gabinete cuya temperatura era deliciosa. Deanna Lehman nos sirvió unos martinis excelentes. Cornell me ofreció cigarrillos, que acepté. Fumamos unos instantes en silencio. Se dijo alguna banalidad. Deanna Lehman hizo acción

de dejarnos, por si era confidencial nuestra charla. La detuve con un gesto.

—No, no se vaya —rogué— No vamos a hablar de secretos de Estado, señora.

—De todos modos supongo que mi presencia más bien puede estorbarles —sonrió ella, siempre segura de sí misma, distinguida, con fácil cordialidad— Yo tengo cosas que hacer en la casa. Le dejo, señor Vincent. Le veré cuando se marche... Hasta luego, querido.

—Adiós, cariño —Lehman le lanzó un beso con la punta de sus dedos. Luego, me contempló fijamente, con renovado interés, ya casi profesional— Y bien, amigo mío. ¿Qué es lo que desea de mí en este caso?

—Necesito ver a Lyman Sylvester —dije— He pensado que usted podría ayudarme en eso.

—¿Yo? —se mostró perplejo— ¿Acaso no le conceden permiso a un federal?

—No lo sé. El F. B. I. está tratándolo con el Gobernador del Estado. Pero creí preferible que la CIA cooperase. Eso dará más fuerza a la petición. Tengo poco tiempo para obtener tal permiso. Necesito una declaración urgente del capitán Sylvester.

—¿Ha habido complicaciones en el caso, tal vez? —indagó Cornell.

—No —negué— No exactamente en el caso Sylvester. De ahí la poca fuerza de mi petición al Gobernador. No estoy investigando un caso similar ni político, sino un crimen vulgar. El testimonio de Sylvester sería solamente a título de testigo.

—Pues no lo entiendo. ¿Sylvester fue testigo de algo especial? ¿Ajeno a su traición, tal vez?

—No podría asegurarlo. Pero ajeno a su proceso, desde luego.

—¿A qué se refiere, entonces?

—Han asesinado a una mujer en Manhattan. Eso sucedió ayer, de madrugada. Encontramos por la mañana el cadáver en su apartamento, cuando una mujer de limpieza fue a poner en orden

las cosas, como hacía dos veces por semana. Algo horrible. Un homicidio brutal.

—Espere —me interrumpió, tranquilo. Su rostro jovial, bajo los cabellos castaños, claros y rebeldes, era inexpresivo habitualmente, con ese dominio de sí que da el súper entrenamiento en profesiones duras y difíciles como las nuestras—. He leído algo en los diarios, sobre una chica modelo de fotografías de arte. Apareció muerta, en traje de Eva...

—Esa es. Sharon Weld.

—Sharon... —meditó él. Me miró, pensativo— Un nombre sofisticado, ¿no?

—Ella era todo sofisticación —admití, tan pensativo como él— Sí, ese es el caso, Lehman.

—¿Qué tiene que ver Sylvester en ello?

—Bastante. Era el marido legal de Sharon Weld.

—¿Qué? —pegó un respingo en su asiento— ¡Cielos, eso no es posible! El declaró en el proceso... Era divorciado de una mujer de diferente nombre...

—Sí, Rose Garfield —asentí, sonriendo— Le preguntamos entonces, si mal no recuerdo, exactamente eso. Si era marido de Rose Garfield. Aseguró estar divorciado de ella. No nos mintió. Lo que nadie le preguntó es si se había casado otra vez. Por eso no mencionó el asunto. Sharon Weld quedó al margen. Hace once meses que era su esposo. Hace tres meses que fue juzgado por traición, sabotaje y asesinato. No sabemos si se divorció también de Sharon para entonces. No hay documento alguno que lo pruebe. Aparentemente, seguía siendo esposo de Sharon Weld cuando fue juzgado. ¿Por qué no la mencionó a ella? ¿Para apartarla del escándalo? ¿Por qué ella no se presentó a tan sonado proceso? ¿Por la misma razón, porque odiaba a su marido, o porque estaba implicada en el caso de traición y sabotaje?

—Son tres fascinantes posibilidades, Vincent. La tercera es la que más interesaría a la CIA.

—Naturalmente. Y también al F. B. I. —sonreí— Pero son simples divagaciones. Necesito hablar cuanto antes con el capitán Sylvester. Pero él está en Sing-Sing, esperando el momento de sentarse en la silla eléctrica. ¿Cree que podrá ayudarme para obtener una entrevista, como mínimo de una hora de duración?

Cornell Lehman se incorporó vivamente, apurando su martini. Afirmó rotundo, contemplándome muy atento.

—Sí, Vincent —dijo— Seguro que sí. Lo conseguiremos, no lo dude.

* * *

Estaba muy envejecido desde la última vez que le vi. No parecía siquiera el mismo hombre.

Más delgado, con bastantes más canas en sus cabellos rubios, con sombras en torno a sus ojos azules, hundidas las mejillas bajo los pómulos acentuados. Nos contempló tristemente, con mirada opaca, como si todo aquello le interesara ya muy poco. Tan poco como su propia vida, a punto de ser extinguida por el verdugo.

—¿Por qué han vuelto? —fue su primera pregunta al vernos.

Cornell Lehman y yo cambiamos una mirada embarazosa. Era difícil el trance. Todo estaba ya pasado. Lyman Sylvester no tenía ya nada que temer. Nadie puede sufrir peor castigo que la propia muerte, y él la tenía implacablemente sobre sí. Amenazarle o tratar de coaccionarle, sería tan inútil como intentar hacer hablar a un muerto. No había amenaza que le afectara ya. No había nada que pudiera causarle inquietud o temor. Su suerte, de por sí, era más que suficiente para tenerle destruido, aniquilado.

—¿Nos recuerda? —pregunté, por contemporizar un poco, mientras ordenaba mis ideas.

—Claro. Mark Vincent, del F. B. I. Cornell Lehman, de la C. I. A. —sonrió meneando la cabeza tristemente— La prisión y la espera no me han vuelto imbécil.

—Su memoria es excelente, capitán.

—Siempre lo fue. No me llame capitán, Vincent. Ya sabe que fui degradado. Me arrancaron los distintivos militares. He pasado por todas las humillaciones. La silla eléctrica no significa ya nada. Es el final, simplemente. El descanso eterno...

—Nunca me explicaré por qué fue usted un traidor, Sylvester —suspiró Lehman, perplejo.

—Nunca dije que lo fuera, Cornell —replicó vivamente el ex-oficial del Arma Aérea.

—Las pruebas fueron abrumadoras. No pudo con ellas. Se probó su culpabilidad.

—Se probó legalmente. Pero yo no admití nada de eso —le recordó él, seco.

—Ni confeso ni convicto —admití yo, estudiando al hombre a quien habíamos ido a ver en la celda de condenados de Sing-Sing —. Pero sentenciado, Sylvester.

—Cuando todo y todos se ponen contra uno, no hay nada que hacer, Vincent.

—Yo no me puse contra usted. Me limité a capturarlo cuando tuve ocasión —le recordé— Usted incluso se resistió físicamente, luchó conmigo...

—Tenía que hacerlo. Sabía que ser juzgado era ser condenado. No me equivoqué.

—Iba a huir al extranjero —le acusó Lehman— Yo reuní las pruebas, eso fue todo. Cualquier otro lo hubiera hecho igual.

—Claro. No dije que tuviera nada contra ustedes —nos miró fijamente, con frialdad— Pero tampoco entiendo su nueva visita. ¿Qué buscan ahora?

—Sylvester, ha habido nuevos sucesos que nos obligaron a venir —dije, calmado.

—¿Nuevos sucesos? ¿Qué nuevos sucesos?

—Sharon Weld ha muerto —dije abruptamente, con estudiada brutalidad— La asesinaron, Sylvester.

Creo que Lehman y yo no perdíamos de vista una sola de sus reacciones, de las posibles convulsiones de su rostro, de cada uno

de sus músculos faciales. La reacción inmediata de Sylvester sería importante para nosotros. Muy importante.

No salimos defraudados.

Sylvester nos miró alternativamente con ojos enormemente dilatados. Boqueó como queriendo decir algo, pero no dijo nada. Una palidez que incluso superaba en mucho la habitual de un hombre encarcelado, se extendió sobre su rostro trémulo, indeciso, incrédulo por completo.

—No... —jadeó— No, eso no...

—Lo siento, Sylvester —dije, arrepentido de mi crudeza— Es la verdad. Alguien mató a Sharon en su apartamento de Manhattan. Fue anteanoche, en la madrugada de ayer...

—Dios... —hubo una crispación violenta de sus labios, de sus puños cerrados sobre los brazos de la incómoda butaca de la estancia donde nos habían dejado con el recluso, vigilado por dos agentes de uniforme a prudencial distancia— Dios mío, no... Sharon no...

—La estrangularon —amplié fríamente— No sabemos quién, Sylvester. Usted... usted es su esposo legal ¿no es cierto?

Me contempló, patético y demudado. Luego su voz sonó ahogada:

—Hallaron el certificado matrimonial, ¿no es cierto?

—Sí. Sharon conservaba su copia. ¿No estaban divorciados ya?

—No. —negó— No lo estábamos... Seguíamos siendo... marido y mujer, Vincent.

—Lo suponía —suspiré inclinando la cabeza— Cuando ocurrió su caso, Sylvester, usted era el esposo de Sharon Weld. Y ahora... es viudo.

—Una viudedad muy corta —sonrió lúgubrementes, con una macabra ironía— No creo que me den tiempo de llorarla siquiera...

—No parece dispuesto a ello tampoco —replicó vivamente Cornell Lehman— Más bien está sorprendido, desorientado... pero no dolido. Ni desesperado.

—¿Dolido? No, no es esa la palabra. Ni tampoco desesperado. ¿Qué haría usted en mi situación, Lehman?

—No lo sé —suspiró Cornell— Amo a Deanna, mi esposa. Si algo le sucediera a ella, sería al margen de mi propia suerte... Y sufriría por ella, no por mí.

—Usted lo ha dicho. Ama a su esposa, Lehman.

—¿Y usted no? —objeté, rápido— ¿No amaba a Sharon?

—No —dijo, rotundo— No la amaba.

—Sin embargo, se casó con ella. Era su marido. Y ella... era hermosa.

—Muy hermosa, sí. Pero pertenecía más al público que a mí. Cualquiera podía saber cómo era ella sin ropa. No hacía falta ser su marido para conocerla... al desnudo.

Lo había dicho con doble sentido, evidentemente. Yo le acusé, rápido:

—Entonces... ¿Por qué se casó con ella, Sylvester?

El reo se mordió el labio inferior. Luego, apretó la boca hasta formar una recta, dura línea inexpresiva.

—Creí amarla, eso fue todo —dijo— Me deslumbró. Creí ser el hombre más feliz del mundo al casarme con ella.

—¿No es cierto que cometió su traición por ella? —casi, le acusó Lehman.

—¡No es cierto! —aulló el ex-oficial de la Air Forcé, furioso— ¡No fui traidor, no cometí el delito por el que voy a ser ejecutado, lo dije mil veces! Y lo repito ahora como lo repetiré cuando vayan a oprimir el resorte que lance los miles de voltios por mi cuerpo.

—Se probó que era culpable, Sylvester. Que lo hizo por dinero, que una potencia extranjera pagó sus deudas de juego, sus déficits económicos fueron misteriosamente cubiertos por «un amigo» y su cuenta corriente bancaria era óptima, cuando todos sabían que pocos meses antes estaba en la bancarrota. Sharon era una mujer cara. Usted le dio todos los caprichos, y cuando quiso darse cuenta, estaba hundido hasta el cuello. Entonces se le ocurrió la idea de cometer una traición productiva...

—Cornell Lehman, salga de aquí —jadeó Sylvester, furioso— ¡Salga inmediatamente! Me niego a seguir esta conversación. Nadie puede obligarme a ello. ¡Me niego!

Lehman le miró pensativo. Se incorporó. En silencio, fue hacia la salida, mientras los agentes uniformados trataban de serenar al preso y evitar nuevas violencias.

—Sylvester, estoy seguro de que eso fue lo que ocurrió —remachó el agente de la C. I. A. desde la puerta— Niegue lo que quiera. Nadie le puede obligar a contestar a mis preguntas, es cierto. Pero así sucedieron las cosas, por desgracia para usted. Ahora, yo me pregunto si la muerte de su esposa no estará relacionada con sus propios asuntos, Sylvester. Con su alta traición, con su sabotaje criminal y todo lo demás... Tal vez ella sabía demasiado sobre todo eso, y sus amigos del extranjero la liquidaron...

Sylvester le contempló con ira. Lehman salió de la estancia. Yo me dispuse a seguirle decididamente. La entrevista había terminado, por culpa del poco tacto, de la agresividad de mi colega de la C. I. A. A Sylvester había que tratarle de otro modo, si se quería sacar algo de él.

—No sé quién lo haría Sylvester —dije lentamente, moviéndome hacia la salida— Pero tiene más trazas de un asesinato pasional o erótico que un crimen por motivos internacionales, de intrigas políticas. Claro que el asesino pudo quererle dar ese cariz aparente, pero algo me dice que Sharon es la clave del misterio de su propia muerte, y no usted, Sylvester... Lamento que le hayamos molestado inútilmente. Adiós...

—Espere —sonó su voz, a mis espaldas— Fue a Lehman a quien le pedí que se marchara, no a usted. Quédese, Vincent. El F. B. I. siempre me trató más humanamente que la C. I. A. Esa maldita gente sólo ve espías y traidores por todas partes.

—En cierto modo, es su obligación —sonreí tristemente, volviéndome hacia él con lentitud— Gracias, de todos modos. Pero no espere que yo sea más crédulo que Lehman con usted. Para mí,

como agente federal que soy, la Justicia es la que dicta sentencia definitiva, y si ha sido acusado y condenado, sólo puedo tratarle como a un culpable, aunque con los respetos que todo ser humano me merece, y más aún en su situación actual.

—Me gusta la honestidad y la sinceridad incluso cruda, Vincent —suspiró el ex-oficial del Arma Aérea— Lo que no me gustan son las acusaciones gratuitas. Usted no tiene por qué ser más benévolo conmigo de lo que lo fueron los jueces entonces. Estoy conforme con todo. Soy culpable oficialmente. No pude demostrar mi inocencia, y eso basta. Mi criterio al respecto, no cuenta ahora. Hablamos un agente federal y un condenado a muerte por traición. De acuerdo, Vincent. Hablemos como tales. Pero no me acuse de más, por favor.

—No vine a acusarle, sino a hablar con usted —moví la cabeza, contrariado— Lehman no fue muy diplomático, la verdad. Olvide su intervención y piense solamente en mí, Sylvester. En mí, como agente encargado del caso de Sharon Weld.

—Sharon... —Sylvester cerró sus ojos, aturdido— Cielos, me pregunto si será posible que ella... que ella esté muerta...

—Lo está —afirmé— La he visto con mis propios ojos. Su rostro era inconfundible. Tanta fotografía publicada... Unas facciones que nadie podría olvidar nunca, después de verlas en portadas de magazines, en posters, en afiches publicitarios, en espectáculos... No, Sylvester. No hay ninguna duda. Era ella, y la estrangularon con su propia bufanda roja. Una bufanda con las iniciales S. W. ¿La conocía usted?

—La bufanda... —resopló, entornando los ojos, con una convulsión— Se la regalé yo, Vincent. Una bufanda de la que ella se encaprichó. Le hice bordar sus iniciales. Las de soltera, las de su nombre artístico también. Nunca fue Sharon Sylvester para nadie...

—¿Lo supo alguien realmente alguna vez, Sylvester? —indagué — ¿Supieron de esa boda secreta, en una pequeña localidad al norte de la ciudad de Nueva York, ante un ignorado juez de paz?

—No —convino él— Nadie lo supo. A ella no le interesaba, por su oficio. A mí tampoco por mi carrera. No hubiera estado bien visto que un oficial del Arma Aérea, con acceso a lugares clave de la defensa antiaérea y la seguridad aérea del territorio americano, se casara con... con una pin-up de calendario, famosa en todo el país por su exhibicionismo. Y, sin embargo, Sharon era diferente a como todos imaginaban. Era algo más que hermosa. Era una buena muchacha, una mujer extraordinaria...

—Pero usted admitió no estar enamorado de ella, Sylvester.

—Sí, lo admití. Y es la verdad.

—Extraño caso el suyo. Se casa enamorado, habla bien de ella, la pone por las nubes, como mujer y como esposa... pero no está enamorado ya de ella. ¿Cómo lo explica?

—Es difícil Vincent. Muy difícil. En realidad... no llegamos a amarnos nunca ninguno de los dos. Fue... un convenio.

—¿Un convenio? —me sorprendí.

—Sí, un simple pacto entre dos personas que se necesitaban mutuamente.

—¿Usted necesitaba a Sharon Weld?

—La necesitaba sí.

—¿Y ella... a usted?

—También. Nos conocimos en una fiesta social. Hablamos los dos. La idea de casarme con una mujer como Sharon Weld, me deslumbró. Admito que no por amor, sino... por deseo.

—Entiendo. Era un modo de alcanzar lo inaccesible.

—Exacto. Millones de hombres en el país se hubieran casado con ella a ciegas, sólo por ser dueños de una mujer así. Yo no fui una excepción. Además, necesitaba olvidar a Rose, mi anterior esposa. Y... me era preciso dinero. Bastante dinero. Usted sabe de mis deudas de juego y de mis fracasos económicos.

—Según la acusación del fiscal militar, obtuvo ese dinero del extranjero, de agentes enemigos de los Estados Unidos...

—Es mentira. Ella me dio ese dinero. Exactamente doscientos mil dólares que necesitaba con urgencia.

—¿En una sola entrega?

—Sí. Una sola entrega en efectivo. Formaba parte del pacto. Si me casaba con ella, compartiríamos solamente la noche de bodas. Después, cada cual por su lado. Pero sin divorcio hasta que ella lo decidiera, que sería no tardando mucho. Yo percibiría, además, esos doscientos mil en efectivo para solventar mi situación. Era demasiado bueno todo ello para rechazarlo. Acepté ciegamente. Ella cumplió su palabra. Además, la boda sería secreta. Estrictamente secreta, puesto que a ambos nos importaba eso. Tampoco ahí me falló ella. Nadie lo supo. Por mí, tampoco lo supo nadie, ni siquiera en el proceso famoso.

—Si hubiera hablado entonces, Sylvester...

—Posiblemente no hubiera servido de nada. Y hubiera mezclado a Sharon en un feo asunto que no tenía ella por qué sufrir.

—No esté tan seguro de eso —reflexione— La actitud de Sharon resulta extraña, misteriosa, muy poco clara. ¿Por qué esa boda, ese secreto? ¿Por qué tanto dinero, además de su propio cuerpo, puesto como precio de una boda clandestina, sin claros motivos?

—Ella tenía sus motivos, Vincent —dijo Sylvester amargamente — Ahora se los voy a referir... y usted mismo juzgará.

Me lo refirió.

Sí. Y yo mismo juzgué.

CAPÍTULO III

Deanna Lehman conducía en silencio por la carretera Sing-Sing, Nueva York. El camino merecía todas las atenciones. Estaba nevando otra vez, aunque débilmente, el frío era muy intenso, y el asfalto aparecía sumamente resbaladizo bajo los neumáticos del cupé blanco de los Lehman.

A mi lado, ceñudo, en el asiento posterior, iba Cornell Lehman, todavía contrariado por su desairado papel en la entrevista carcelaria con Lyman Sylvester, el acusado de traición y sabotaje criminal. Yo fumaba en silencio, contemplando la ruta, el cielo de color gris plomizo, y los pequeños copos de nieve que flotaban delante de nosotros cayendo mansamente del palio nuboso y tristón que envolvía Nueva York y sus alrededores.

—Es la historia más fantástica e inverosímil que jamás oí — masculló al fin el agente de la C. I. A. con tono áspero.

—Conforme —asentí despacio, echando la ceniza de mi cigarrillo en el cenicero del coche— Es inverosímil. Pero Sylvester no mentiría ya a estas alturas.

—¿Por qué no? Mientras hay vida hay esperanzas. Puede confiar aún en una revisión urgente de su proceso. El F. B. I. sería un eficaz medio de conseguirlo, si vosotros lo recomendaseis al Gobernador del Estado de Nueva York... Es hábil e inteligente, el tipo ese. Todos los espías lo son.

Sonreí. Recordé cierta frase de Sylvester sobre Lehman: «Esos tipos de la C. I. A. siempre ven espías por todas partes...»

De repente me encontré con la mirada azul, límpida e inteligente de la señora Lehman a través del reflejo en el retrovisor. Nos miramos ambos, pensativos. Capté cierta ironía en el brillo de sus hermosas pupilas. Sus palabras me lo confirmaron:

—Cornell es el ser más desconfiado del mundo —dijo— Sería capaz de hacerme ahorcar a mí, si un día sospechara que, en vez de ir al supermercado, vendí secretos nacionales al Partido Comunista.

Solté una breve carcajada, y Lehman arrugó el ceño, mirándonos con enfado. Sobre todo a su mujer.

—Muy gracioso —refunfuñó— ¿Creéis que es fácil prestar servicios en la C. I. A.? Tenemos que resolver siempre lo peor y más difícil, Vincent. Con todos mis respetos al F. B. I.

—Sí, lo sé perfectamente —admití— Pero su esposa tiene razón, Cornell. Usted no gusta de conceder un solo margen de confianza a nadie.

—La experiencia me ha enseñado que es un error confiar en aquellos que no ofrecen motivos para ello.

—Posiblemente esté usted en lo cierto, pero el caso Sylvester es extraño... Nadie se inventaría una cosa así, sinceramente. Las cuentas bancarias de Sharon no revelan ningún pago efectivo por valor de doscientos mil dólares en esas fechas...

—¿Lo ve? —habló con sarcasmo Cornell.

—Espere. Sin embargo, recientemente, sacó varias sumas, hasta completar un total de doscientos setenta mil dólares, cuya cantidad no ha sido hallada. Es posible que entonces no dispusiera de tanto dinero y pidiese a alguien un crédito...

—¿Pagando el treinta y cinco por ciento neto, del préstamo? Es ridículo...

—Hay mucha usura, sobre todo cuando quien pide el dinero no ofrece garantías a los Bancos y debe recurrir a otros medios más clandestinos. También pudo ocurrir que tuviera ese dinero en efectivo, sin ingresar en Banco alguno. Una modelo de su categoría gana mucho dinero.

—Bien, pero los motivos que ella tuvo para casarse con Sylvester... ¡son absurdos!

—Yo no diría tanto —hablé con lentitud.

—Ni yo tampoco, Cornell —me apoyó suavemente su mujer— Estoy de acuerdo con el modo de ver las cosas de Vincent, no con tu tremendo radicalismo a ultranza,

—¿Vuelves a ponerte contra mí? —se irritó Cornell Lehman, mirando con enfado a su esposa.

—No es eso, Cornell —protestó ella suavemente— Es que debes ponerte en razón. Creo que Vincent tiene razón. No resulta tan absurdo todo eso, especialmente situándose en el lugar de Sharon Weld. Ella tuvo sus razones para hacer lo que hizo. La boda con Sylvester significaba bastante para ella. Pudo haber sido con cualquier otro, pero Sylvester era un hombre que procuraría por propia conveniencia mantener la boda secreta. Y eso resultaba muy lógico habida cuenta de las circunstancias.

—Aún así, tendremos que comprobar si, realmente, Sharon Weld iba a ser dueña de tanto dinero, por el simple hecho de estar casada, mientras por el otro lado, un matrimonio podía arruinar su carrera profesional.

—Es un juego peligroso y sobre la cuerda floja, el que llevó a cabo ella —convine yo lentamente— Por un lado, su contrato con Luther Stern, el gran fotógrafo de modelos de primera fila, y el convenio con la Pin-Up Magazines Syndicate, en los que se obligaba a permanecer soltera hasta el término del contrato, que tenía una duración de cinco años, todavía con más de tres por cumplir.

—Y por el otro, esa fantástica herencia que sólo exigía una condición: que las herederas estuviesen casadas en el momento de cumplir sus veintiún años... —Lehman hizo un gesto de claro escepticismo— Cielos, parece un tema de folletín barato...

—Pero posiblemente no lo sea. Los Weld parece que tenían dinero, aunque nadie sabe con exactitud la cifra que quedó como legado para las herederas de la familia. De ahí las dudas de Sharon.

¿Casarse, permanecer soltera? ¿Qué importaba más, el contrato exclusivo con su importante cifra por honorarios, exigiéndola soltería obligada... o el legado que le exigía estar casada para la fecha de la lectura del testamento de los Weld? En su duda, ella optó por tomar una decisión peligrosa, por la calle de en medio en la encrucijada a la que se veía abocada. Y jugó sus dos barajas audazmente. Casada en secreto, sin saberlo nadie, con un oficial de la Fuerza Aérea, adscrito a la Fuerza Estratégica del Aire, Departamento de Defensa Nacional, que por conveniencia propia conservaría el secreto a ultranza por no ser la persona adecuada para la boda con él, una chica liviana y habitualmente tan vestida como Lady Godiva en su famoso paseo; por el otro lado, soltera oficialmente ante sus superiores y ante el fotógrafo Stern, especialista en sus poses famosas en todo el país, y gran fotógrafo de estrellas de primera magnitud. En fin... creo que la medida de ella fue lógica, Lehman. No tiene nada de absurdo su doble juego en este caso.

—Estoy de acuerdo con usted —asintió Deanna— Yo en lugar de ella, hubiera hecho exactamente lo mismo. Pudo ser otro cualquiera, pero le tocó a Sylvester, y hay que aceptarlo así aunque a Cornell no le convenza.

—Necesitaría saber si, realmente existe ese legado, cuando va a ser leído el texto de los parientes de Sharon... y quién o quiénes son los demás herederos de esa supuesta fortuna...

—Cuidado, Lehman —sonreí— No hable todavía de «fortuna». No sabemos si el dinero del legado familiar merecería la pena. Como tampoco lo sabía la propia Sharon. Por eso no se podía arriesgar. Y sólo se arriesgó a medias con su boda clandestina y secreta.

—¿Secreta dice usted? —Lehman me dio unos leves golpecitos en el pecho— Recuerde esto amigo Vincent; no hay tal secreto. Se casaron legalmente ante un juez de paz. Por muy oculta que fuese la ceremonia, existe un certificado matrimonial a nombre de Sharon Weld y Lyman Sylvester...

—Olvidé decirle algo —suspiré cansadamente, sacudiendo la cabeza— Siempre nos referimos a Sharon Weld con ese nombre, olvidando que las figuras populares, las que se deben a un público, habitualmente utilizan un «nombre de guerra» o seudónimo. Ese fue el caso de ella también.

—¿Quiere decir que Sharon... no se llama Sharon realmente? —masculó Lehman, pestañeando con viveza.

—No —dije calmoso— No se llamaba Sharon, ni tampoco Weld. Su auténtico nombre era Lori Kohner. Y la familia Kohner es la que leerá su legado... justamente dentro de cuarenta y ocho horas. Eso quiere decir que, en estos momentos, Lori Kohner ya no existe y por tanto, queda al margen de esa herencia, que pasa a ser de los restantes miembros de esa familia...

* * *

—Para mí, siempre será Sharon. No me importa su nombre real, señor Vincent.

Asentí, mirando pensativo a Luther Stern, el fotógrafo de estrellas. Era un hombre impresionante, con su estatura de casi siete pies. Muy por encima de esos dos metros de altura, macizo, pálido y pecoso, grueso y nervudo, de pelo rojo, rapado a la usanza teutónica, nariz grande y roja, boca carnosa, ojos de un gris tan pálido que parecía agua turbia.

En mangas de camisa, nervioso y rápido, manejaba sus materiales de fotografía en el amplio estudio de Broadway, acaso disponiendo una sesión para alguna de las luminarias famosas en el gran Nueva York. No había visto a ninguna de esas bellezas, lamentablemente. Y de haber estado alguna en el estudio, es posible que hubiera estado mucho más tapada que en las fotografías al entrar yo.

—Sí, le comprendo —dije calmoso, estudiando de soslayo los detalles decorativos los cortinajes, muebles, columnas y demás elementos fotográficos del set—. Sharon Weld era realmente Lori Kohner, de la familia Kohner. Ahora ya sabe usted que, además se

casó secretamente, utilizando en su ceremonia el falso nombre de Sharon Weld. Los albaceas testamentarios nunca hubieran buscado su nombre profesional, sino el auténtico, el de Lori Kohner. Pero ella hubiera explicado la situación, mientras ustedes, a Sharon Weld, la tendrían por soltera, ya que estaba registrada legalmente en los contratos como Lori Kohner, y ese nombre nunca aparecería en un compromiso matrimonial. Era todo ella un juego complicado y complejo. Evidentemente, Lori... o Sharon, si lo prefiere... jugó fuerte a ambas bazas con todos sus riesgos.

—Es cierto, Vincent. Jugó fuerte. Era audaz ella... Para mí, nunca será Lori, aunque conocía su nombre real. Fuimos nosotros, el Sindicato profesional de modelos y yo mismo los que la bautizamos como Sharon Weld. Y Sharon será siempre Sharon...

Sharon...

Medité. Aquel hombre sofisticado tenía algo de fascinante. No era auténtico, pero sí lo resultaba para todos nosotros. Creo que quien hubiera conocido en vida a Sharon y la hubiese llamado así una sola vez, ya nunca podría darle otro nombre. Sería imposible que fuese Lori para nadie. No; solamente Sharon. Sharon...

—Hábleme de ella y de su vida, Stern —pedí al fotógrafo de origen alemán— ¿Cómo era Sharon, a su juicio?

—Era maravillosa —suspiró Stern— El Sindicato prohíbe a los fotógrafos profesionales enamorarse de sus modelos, tener algo íntimo con ellas, ya me entiende.

—Claro. Ya le entiendo.

—Bien. De todos modos era difícil contener esos sentimientos. Se le puede prohibir a uno que haga algo, pero no que lo sienta. Se manda sobre el físico, no sobre el cerebro y el espíritu. Sería tonto decir que el corazón rige nuestros sentimientos, porque eso no es cierto. Tenemos solamente una víscera, un manojito de músculos que bombean sangre y eso es todo. Es nuestra mente la que manda, la que dirige nuestro modo de ser y de sentir. Yo tenía a Sharon en mi mente. Eso no había nada ni nadie que pudiera impedirlo, señor Vincent.

—Lo comprendo —afirmé— Sharon debía de ser muy hermosa en vida...

—Lo era, sí —afirmó— Hermosísima. Pero eso no era todo. Era, además, fascinante. Tenía algo... Sexy, sugestión, fascinación, magnetismo... no sé. No sabría explicarlo, sinceramente.

—Esas cosas no tienen fácil explicación —murmuré entornando los ojos— Yo conocí a Sharon... muerta. Y aún así, entiendo lo que quiere decir. Me hubiera gustado conocerla con vida. Sí, me hubiera gustado, Stern. Pero eso no es ya posible. Los muertos no resucitan no vuelven a la vida...

—Hubiese dejado todo esto, con significar tanto para mí —dijo Stern, señalando en torno suyo— Por una sola palabra de Sharon, ¿comprende? Por una promesa, por una esperanza.

—Era una pasión muy fuerte, ¿verdad, Stern?

—Mucho, sí.

—¿Y ella? ¿Qué sentía por usted?

—Nada, creo yo. Era afable con todos, pese a su altivez, a su arrogancia. No creo que hubiera sentido por mí afecto especial alguno. Ni por mí, ni por nadie.

—¿No era una mujer sensible?

—Si lo era, lo disimulaba. Si amó realmente a alguien, nunca lo demostró ni lo confesó.

—Me han hablado de un escritor y compositor de canciones...

—Sí. Lawrence Evans.

—Eso es. Evans... Escribió una canción llamada «Sharon».

—Y la grabó ella. Lo sé. Evans estaba loco por Sharon también.

—¿Y ella no?

—No. Ella no. Ya le dije que no quería a nadie en especial. Pero a todos nos sacaba algo. Sabía que estábamos a sus pies, y se aprovechaba de ello. No dudaba en explotar sus atractivos y el efecto que causaba sobre los hombres. Creo que era ambiciosa, cerebral, calculadora en todos sus actos.

—¿Perversa?

—No diría yo tanto. Humana, eso sí. Solamente humana.

—¿Podía estar mezclada en asuntos de espionaje, en problemas internacionales, Stern?

—¿Espionaje? —Stern me miró perplejo, asombrado— Cielos, no. Claro que no. Es lo último que pensaría de ella...

—Sin embargo, Sharon era la clase de mujer que podía mezclarse en cosas así. Usted la ha descrito de un modo especial: calculadora, cerebral, ambiciosa... Así son las mujeres que han sido agentes secretos, espías o colaboradoras con potencias extranjeras por dinero.

—Pese a todo no creo que fuera ese el caso de Sharon. No, en absoluto. No puedo imaginarla como una espía. Incluso me suena a ridículo.

—Una pregunta, Stern. Sharon fue hallada sin vida en su apartamento de Manhattan, con dos vasos de coctel, cigarrillos en un cenicero... y sin ropa alguna sobre sí. ¿Eso era normal en ella? ¿Recibía a la gente... tal como posaba ante su cámara?

—No, no era normal. Nunca lo hizo, creo yo. Es disparatado imaginarla así. Solamente se desvestía ante las cámaras. Ni siquiera era una mujer liviana, como mucha gente supone. Tuvo sus asuntos amorosos, como cualquier otra. Pero no era una cualquiera, se lo aseguro.

—No dije eso. Creo entender como era Sharon. Pero ese hecho que le cité, las raras circunstancias que rodean su muerte, los detalles del desnudismo en una noche invernal... y ante un visitante cuyo sexo nos es desconocido aún... hacen de todo ello algo incongruente y poco claro.

—Es cierto —convino Stern, con un suspiro. Se frotó su gruesa, roja nariz de Santa Claus, y sacudió la cabeza rapada, roja como una mazorca— No puedo entender nada de lo ocurrido. Ella no se hubiera comportado así en modo alguno. No tiene lógica, Vincent.

—Exacto Stern. Es lo que yo dije. No tiene lógica... —medité estudiando las numerosas fotografías en color, espléndidas y llenas de un sexy inteligente y no carente de gusto artístico y gracia armónica. Eran todos cuerpos de mujer, en la apariencia misma del

que pudo tener Eva en el Paraíso. Rubias espléndidas, pelirrojas, morenas exuberantes, todas ellas mujeres de un poder de seducción sorprendente, de un físico fascinante y deslumbrador. Y sobre todo, de una gran habilidad en el artista creador de los retratos, que era capaz de prestar encanto y seducción a quien no la tuviese.

De repente me volví a Stern. Le hice una pregunta inesperada:

—Hemos hablado de hombres, de amores, de pasiones y deseos... Y hemos olvidado otro terreno lleno de sugerencias: las mujeres... Amigas o enemigas de Sharon. ¿Las tenía, Stern?

—¿Amigas? —se encogió de hombros, dubitativo— No sé. Posiblemente no muchas. La envidiaban demasiado.

—¿Y... enemigas?

—Posiblemente muchas —rio Stern entre dientes, con amargura evidente— Las mujeres no aprecian a la que es más hermosa que ellas. La envidia trae odio, enemistad, aversión...

—Y crimen.

—¿Cómo? —me miró pestañeando.

—Crimen, he dicho —suspiré— El odio, la enemistad, la aversión, traen la muerte violenta. Matan los que odian, los que detestan o tienen celos, envidia...

—Y los que aman.

—Sí. También los que aman —le miré larga, silenciosamente. Luego, le disparé mi pregunta seca, ruda, brutal casi— ¿La mató usted Stern?

El fotógrafo más importante de Nueva York, y por ello uno de los más importantes del país, pegó un respingo que era casi un brinco. Me miró con ojos desorbitados. Creo que hasta su cabello corto, duro como púas de acero rojo, se erizó en un instintivo shock emocional.

—Cielos... —jadeó tragando saliva— ¿Lo... lo pregunta usted... en serio?

—Totalmente, Stern. Usted amaba a Sharon. No la podía conseguir. ¿La mató por ello?

—Dios mío, no —musitó— No la maté. ¿Cómo piensa tal cosa? Yo... yo nunca la hubiera hecho daño... a ella. Juro que no. No la maté. No la hubiera podido matar, ni aunque me hubiese muerto de celos, de ira, de despecho...

—Es posible —suspiré— Perdone la pregunta, Stern. Estoy buscando a alguien que tenga motivos para matar a Sharon. Entre los que la aman, la odian... o los que se benefician de alguna manera con su muerte.

—No era yo sólo quien la amaba —me recordó Stern— Estaban otras personas. Ahí tiene a Lawrence Evans, sin ir más lejos... Él es apasionado, ardiente, impulsivo... ¿Por qué no le pregunta a él? ¿Por qué no le pregunta a ese poeta y músico chiflado si él mató a Sharon?

—Sí, —afirmé lentamente— Le preguntaré, Stern. Le preguntaré...

CAPÍTULO IV

Evans... ¿mató usted a Sharon Weld?

No se sobresaltó. Sus ardientes ojos negros, relampagueantes, me miraron con fijeza. En el rostro moreno, enjuto, de nervioso gesto, se reflejó una inquietud tensa. Vi sus manos huesudas, oscuras, entrelazándose continuamente. El largo, larguísimo cabello a la moda juvenil, caía como la melena de un Cristo de la iconografía clásica, a ambos lados de su rostro delgado, anguloso. Las patillas eran muy largas, y la barbita dibujaba una leve sombra ridícula en su mentón.

—No —dijo, tranquilo— No la maté. ¿Por qué había de hacerlo?

—No sé. Alguien lo hizo por alguna razón. Usted pudo ser el culpable.

—Yo quería a Sharon. Me atraía de un modo absorbente.

—Lo sé.

—Le escribí una canción. Ella la hizo popular con su propia voz...

—También lo sé. Esa canción, ese disco, giraba en el plato de su tocadiscos la noche en que la mataron —le cité secamente.

—Dios mío... —me miró aturdido— ¿Eso es cierto?

—Sí, es cierto. Recibió a alguien, le invitó a un combinado, fumaron ambos... y luego hubo un atentado contra el cuello de Sharon. Una bufanda, un echarpe rojo de nylon, se enroscó a su garganta. La ahogó. Ella estaba sin ropas... Y oyendo su música, Evans. Su música y sus versos...

—Juro que no era yo. Además ella... nunca hubiera estado así, desvestida... delante de mí.

—¿Delante de quién, entonces, hubiera podido estar de ese modo?

—No sé... Stern es quien la ve siempre de esa forma para sus fotografías. No sería absurdo imaginar... que también en su apartamento...

—Es diferente aparecer así ante una cámara que ante un hombre que va al apartamento, de noche. A no ser que ese hombre sea algo más que el fotógrafo de ella...

—No sé, no puedo saberlo —sacudió su melenuda cabeza de bohemio artista e insolidario— Stern y ella pudieron tener algo, nunca lo sabré. Lo que sí puedo jurar es que no me hizo caso a mí, pese a la canción que le escribí. Yo era para ella un buen amigo. Nada más.

—¿Sharon era enamoradiza?

—No, no lo era. Resultaba fría, distante, cuando alguien la cortejaba. Creo que sólo le preocupaba su oficio, su trabajo en el estudio, su fama y su dinero.

—En eso coinciden ya varios: cerebral, ambiciosa, fría... ¿Era así Sharon?

—Desgraciadamente, sí. No había calor en ella. No quería ceder a los sentimientos, eso era evidente. Para no perjudicarse en su carrera, con toda posibilidad.

—Entiendo, sí —convine— ¿No había excepciones? Quiero decir... algún hombre que no fuesen usted o Stern...

—No lo sé.

—Recibió cartas amenazadoras. La sentenciaban a morir. Un tal «John Death». ¿Por qué había de suceder eso?

—Lo ignoro. Muchos maníacos hacen cosas así. Ya sabe: puritanos, fanáticos, gente enferma mentalmente, se dedica a amargar la vida a las personas famosas, con cartas y amenazas. A veces sólo insultan soezmente. Otras, llegan a anunciar un crimen. Lo hacen por correo o por teléfono... Sharon nunca habló de eso.

—¿La vio últimamente, Evans?

—La vi en un restaurante de la Calle Cuarenta y Tres. Con una mujer... Sí. Me la presentó como a su prima.

—¿Su... prima? —me erguí, excitado— ¿Está seguro de eso, Evans?

—Muy seguro, sí.

—¿Tenía ella parientes en Nueva York?

—Que yo supiera, no. Hasta entonces, nunca la vi con esa prima ni con ningún otro familiar.

—¿Cómo era ella?

—Joven. Bien parecida. Muy atractiva. Rubia. Tenía un ligero parecido con Sharon lo recuerdo bien. Aire de familia, diría yo. Dijo que se llamaba... Espere. Ah, sí, ya recuerdo. Dijo que su nombre era Dawn.

—Dawn... Dawn Kohner. Una prima.

—¿Kohner? No, no. Dawn Weld.

—Bueno, Weld nunca fue su apellido. Era una parte de su seudónimo habitual. Ella se llamaba Lori Kohner.

—Lori Kohner... —reflexionó, sacudiendo la cabeza— No, no me acostumbraría a eso. No me dice nada ese nombre. Para mí, ella era Sharon. Siempre será Sharon.

—Es curioso... Todos dicen igual... Sharon. Siempre Sharon... —me dirigí a la puerta de la residencia lujosa, anárquica y barroca del compositor y escritor de letras para canciones, Lawrence Evans. El conocido autor de musicales de Broadway, se quedó atrás, mirándome pensativo, absorto. Me pregunté si me marchaba de la vivienda de un asesino, o solamente de un poeta que amó un imposible hecho mujer. Un imposible llamado Sharon...

—Vincent, encuentre a quien la mató —oí su voz a mis espaldas, apagadamente— Encuéntralo cueste lo que cueste... Quiero que se haga justicia. Y que el ser que fue lo bastante cruel y cobarde para terminar con Sharon pague su crimen...

—Es lo que estoy intentando, Evans —asentí, sin volverme— Pero no es fácil. No, no es nada fácil, puede creerme...

Cerré tras de mí. Cuando cruzaba el jardín de la vivienda, oí notas al piano, interpretadas por el músico. Reconocí la melodía. Sólo faltaba la voz de ella, profunda y cálida, pronunciando los kyries creados por el propio Evans:

«... Sharon,
I'm, I'm, yes, forever, I'm for you...
Sharon,
me, your girl, your love, your heaven and hell...»
Una canción para una mujer. Una canción para Sharon.
Una canción para una mujer muerta...

* * *

Se llamaba Walter McDivitt. Era abogado.

Tenía un lujoso bufete en la Calle Treinta y Siete, cerca de Lexington. Un buen lugar en Manhattan. El despacho era suntuoso y el aspecto del recinto de lo más serio y formal dentro de su modernismo.

Él tenía el cabello blanco, edad madura, aspecto de gentleman, y ojos penetrantes tras sus gafas de montura de carey. Estrechó mi mano, cortés.

—Y bien, señor Vincent, ¿de qué se trata? —quiso saber el abogado.

—En el F. B. I. nos hemos enterado de que es usted el albacea testamentario de la familia Kohner —dije.

—Cierto —me respondió con aire de cautela, sumamente profesional— Los Kohner me dieron ese encargo específico. Pasado mañana es la lectura del testamento. Ya están citados los herederos.

—¿Qué son...?

—Eran dos. Y siguen siendo dos —suspiró el abogado— Sharon Weld, por su nombre artístico. Quiero decir que era Lori Kohner la primera persona citada. Y su prima, Dawn Kohner.

—Dawn Kohner. Sí, he oído hablar de ella. Está en Nueva York, ¿no es cierto?

—En efecto. Como sabe, Lori, la prima, no existe ya. Pero sí su marido, Lyman Sylvester.

—Él no puede asistir. Está condenado a muerte por alta traición.

—Lo sé. En ausencia suya, Dawn Kohner asistirá a la lectura. Debe hacerlo con la comprobación legal de su matrimonio.

—¿Está casada?

—Inevitablemente, ha de estarlo, para heredar algo de los Kohner.

—Conozco esa cláusula. Me habló de ella Sylvester. ¿No es una condición extraña?

—Los albaceas no podemos juzgar la voluntad de los muertos, sino hacerla cumplir sea como sea. Es excéntrica, conforme. Pero ha de ejecutarse así, o ellas no heredarían un solo centavo.

—¿Es mucha la cuantía de esa herencia, McDivitt?

—Lo siento —se encerró automáticamente en una coraza auténtica de recelo, hermetismo y gravedad— No puedo responderle a eso, Vincent. Es estricto secreto profesional. No estoy autorizado a responder, en tanto no se lea el legado.

—Bien —suspiré— Dejemos eso. ¿Con quién está casada Dawn Kohner?

—Brian Stacy es su marido. Pero el esposo no cuenta mientras viva la esposa, que es la heredera... siempre que esté realmente casada y lo pruebe con el correspondiente certificado matrimonial.

—McDivitt, concretamente, ¿quién dejó esa herencia? ¿Qué parentesco le unía con Lori y Dawn Kohner?

—Eran los tíos de ellas dos. Padres de otra muchacha, muerta hace años. Al no tener a su hija, que murió siendo muy joven quiso dejar su dinero el tío Andrew Kohner, a sus dos sobrinas vivas... pero a cambio de que estuvieran casadas. En otro caso, si en la

fecha de la lectura del testamento, ellas estaban solteras, quedarían absolutamente fuera de toda posibilidad de herencia. Si una de ellas permanecía soltera, automáticamente se invalidaban sus derechos. Y si una de ellas había muerto, y su esposo vivía en ese momento, él sería el heredero de esa parte.

—Pero Sylvester va a morir en la silla eléctrica en breve. ¿Qué ocurrirá entonces?

—También hay instrucciones sobre ese punto. La fecha de la lectura del testamento se condiciona luego a la fecha en que se hace entrega del dinero, tres meses más tarde. Para entonces, como usted sabe, Sylvester habrá muerto. Y la herencia será, íntegra para la prima de Sharon, es decir de Lori Kohner a menos...

—A menos ¿qué?

—A menos que existiera un hijo. En ese caso, automáticamente, el niño heredaba la parte correspondiente a su madre.

—Entonces, sigo sin entender la cláusula forzosa de esa boda previa a la lectura del testamento...

—Yo también. Tal vez en la lectura del legado se aclare algo ese punto, Vincent, pero dudo que eso ponga algo de luz al asunto del crimen.

—No esté tan seguro de ello. A fin de cuentas, e interés económico, el dinero, la ambición, fueron siempre motivos de asesinato...

—Lo sé —musitó McDivitt— Pero en este caso...

—En este caso, abogado, como en cualquier otro, ese pudo ser el motivo de una muerte violenta y cruel. Sólo que la propia personalidad de la mujer muerta, parece a veces en cierto modo eclipsar los factores normales, humanos, razonables, que cualquier crimen ofrece en su complejo tablero de pasiones.

—Posiblemente usted tenga razón —convino el abogado, sonriente— Pero yo también me siento un poco influenciado por la fama y la personalidad de esa chica... Sinceramente, creo que me gustaría no ser ahora el albacea testamentario de los Kohner, pero

eso no tiene ya remedio... Debo leer pasado mañana ese legado, me guste o no.

—McDivitt, ¿ha visto usted a Dawn Kohner?

—Sí, la he visto.

—¿Es cierto que tiene cierta semejanza con Sharon?

—Psé... Algo sí. Pero solamente el aire familiar, diría yo.

—Sí, alguien más lo dijo antes también —sonreí pensativo—
Quisiera hablar con ella, abogado. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Le daré su dirección, si lo desea. Está con su marido, en un hotel de Broadway... No vive habitualmente en Nueva York.

—Sí, deme sus señas —acepté— Quiero hablar con ella.

El abogado McDivitt me dio las señas de Dawn Kohner, la prima de Sharon.

* * *

Ciertamente, se parecía a Sharon.

Al menos, me recordó el cadáver de Sharon. Pero Dawn estaba viva. Y bien viva. Además, no tenía físicamente mucho que envidiar a su prima fallecida. Era toda una hembra de cuerpo entero. Y un cuerpo mareante...

Dawn Kohner, tenía cabellos rubios. Algo más claros que los de Sharon, cuyo tono tampoco debió ser natural por completo, pero lo parecía más que los de Dawn. Levemente sofisticada, acaso por influencia familiar o por simple envidia hacia su famosa prima, difundida por fotografías aptas solamente para adultos, a través de todo el país.

Dawn tenía un respetable perímetro torácico que no se esforzaba demasiado en ocultar, sino más bien todo lo contrario, gracias a una generosa abertura en V. sobre sus formas macizas y jóvenes. Caderas ampulosas, figura alta y arrogante. Quizás le faltaba personalidad, magnetismo. Todo lo que a Sharon le había sobrado en vida, suficiente además para que yo lo captase incluso en su muerte, cuando la conocí aquel malhadado once de diciembre, con la nieve cayendo sobre un Manhattan frío e invernal.

—Adelante —me invitó Dawn Kohner, apenas examinó mi credencial— Imagino a lo que viene usted, señor Vincent, sin necesidad de hacer trabajar demasiado mi imaginación. Se trata de Lori ¿verdad? Bueno, quise decir de... Sharon. Usted la conocerá por ese nombre aunque no fuese el suyo auténtico...

—Cierto —afirmé— Es usted una joven muy lista, señorita Kohner... ¿O debo llamarla señora Stacy?

—Detesto que me llamen señora Stacy. Mi marido me irrita —rio ella, dejando que la V de su descote se ahondase algo más, hasta límites inquietantes para mí— Siéntese, por favor. ¿Un martini, un combinado, brandy...?

—Nada, gracias —corté seco. Me acomodé y ella lo hizo frente a mí, pero sobre el brazo de una butaca. Se abrió su bata de seda sobre las piernas. No había nada debajo, excepto las propias piernas. Valió la pena contemplarlas. Luego, alcé los ojos, hasta dar con su burlona sonrisa— Me dio sus señas Walter McDivitt.

—El bueno de McDivitt —susurró ella, con gesto de cansancio— Estoy harta de legados, herencias y todo eso. Sólo faltaría que fuese una tomadura de pelo, y tío Andrew no nos haya jugado una mala pasada. Confidencialmente, le diré que pienso divorciarme de Stacy en cuanto cobre mi parte, pequeña o grande. Eso no altera, por fortuna, el testamento.

—¿Por qué su tío se empeñó en casarlas para cobrar ese legado, sea cual sea su cuantía?

—Manías suyas. Tenía la obsesión de casar a todo el mundo. Decía que la soltería no valía sino para estar solo y abandonado de todos. Nosotras no pensábamos igual. Nos dijo un día que él haría todo lo posible por vernos casadas. No nos vio pero vaya si lo hizo. Hasta Lori... Bueno, Sharon. Ella no debió casarse jamás.

—¿Y usted?

—Tampoco —suspiró Dawn, con frivolidad. Se tapó los muslos con su bata, para inmediatamente quedarse otra vez ante mí igual que antes de ese esfuerzo— Me gusta la independencia, la libertad absoluta.

Asentí mirando en torno, a la habitación del hotel de Manhattan, donde se alojaba.

—¿Y su marido? —pregunté.

—Por ahí —se encogió de hombros— Le encanta pasear, estar lejos de mí... No sabe lo que tiene el muy imbécil. ¿No cree usted, señor Vincent?

Se cambió de asiento, para venirse al brazo de mi propio butacón. Se acomodó allí y de modo inevitable, su pierna desnuda tocó mi brazo. Tenía una piel sedosa, suave y aterciopelada. Olía a un perfume que me era familiar. Gardenias. Sí, gardenias. Como Sharon. ¿O el apartamento olía a gardenias porque Dawn estuvo en él?

—La verdad es que yo, en lugar del señor Stacy, no me iría a pasear —dije, pensativo— Pero no soy el señor Stacy.

—No, no lo es —suspiró profundamente— Si lo fuese, quizás yo no pensaría en divorciarme, señor Vincent.

Se inclinó y me tapó mi boca con la suya. Sus labios sabían a rouge dulzón. Su beso había sido algo más que un cumplido. Me contempló de cerca, con ojos turbios. La V del descote era ya tan prolongada, que no podía serlo más.

—Vine a hablar con usted de Sharon —advertí, irguiéndome, y limpiando el rouge con mi pañuelo, parsimonioso.

—Sharon está muerta —suspiró ella— ¿Vale la pena hablar de los muertos?

—Si la muerte ha sido violenta, causada por otra persona, no es que valga la pena. Es que es necesario.

—Bien —bostezó— ¿Qué quiere saber, federal?

—¿Se llevaban bien ustedes dos?

—¿Lori y yo...? Perdón. Nunca logro llamarla Sharon.

—Es igual. Nos entendemos lo mismo.

—No nos llevábamos demasiado bien. Ni antes de su triunfo. Después, estuvo tan lejos de mí como una nebulosa de esas que hay en otras galaxias. El éxito, el dinero, y la fama, se suben a la cabeza como el champán, amigo mío. Eso le pasó a Lo... a Sharon.

—Entiendo. ¿Y a usted? ¿Qué le pasó respecto a ella?

—¿Tenía que pasarme algo?

—Siempre pasa algo. Hay alegría, indiferencia, envidia, disgusto, ira... por el éxito ajeno. ¿Cuál era su caso?

—Indiferencia y disgusto.

—¿Por qué disgusto?

—La profesión de Sharon no era muy edificante para los Kohner.

—¿Puritana?

—Cielos, no —rio, acariciando mi mejilla descaradamente— De eso no entiendo. Pero Sharon exhibía su figura públicamente, en fotografías. Creo que hay otro modo de exhibir los encantos físicos.

—Los exhibía también cuando la mataron. ¿Era nudista?

—No. Posaba por dinero, la verdad. No tenía demasiados escrúpulos, pero nudista... No, nunca lo fue.

—¿Por qué tuvo que serlo para morir? —indagué, mirándola tan fijo como un búho.

—Adivina, adivinanza, —sonrió ella encogiéndose de hombros— ¿Hay premio si se acierta?

—Pudiera haberlo —acepté— Todo depende.

—¿De qué?

—De la respuesta.

—Digamos que murió a manos de su fotógrafo. Ensayaba una pose nueva, algo especial. Y el artista de la cámara... ¡zas! La estranguló en un arranque de celos, de cólera, de deseo o de cualquier otra cosa. ¿Tengo premio?

—Sí —admití y la tomé con un brazo, atrayéndola hacia mí y besando su boca largamente.

Ella se dejó. No se separó hasta sonar la voz masculina, en alguna parte, a su espalda:

—Muy edificante. ¿Tú hablas de la moralidad de tu prima, maldita mujerzuela?

La solté, sintiéndome incómodo. Sólo había querido jugar al cínico con la audaz primita de Sharon. El juego me había salido pésimo. Aquel tipo delgado, huido, de escaso atractivo varonil, aire

desmadejado y ojos negros y brillantes como cabezas de alfiler, nos contemplaba, entre burlón y despectivo, en medio de la habitación del comfortable hotel neoyorquino.

—Lo siento —dije notándome tremendamente ridículo como un personaje de vodevil de la peor clase.

—¿Por qué había de sentirlo? —protestó Stacy, encogiéndose de hombros— Dawn es así. Usted es un tipo de los que le gustan a ella. Alto, esbelto, fuerte, viril, rudo... Sí, es su tipo.

—Oh, Brian, ni siquiera podrías representar medio bien el papel del marido celoso —se quejó ella— Al menos deberías echar de aquí al señor Vincent...

—¿Para qué? —Stacy sonrió exhibiendo unos dientes desiguales— Eres dueña de tus actos, cariño. Nuestra unión durará lo justo para que cobres tu parte en esa cochina herencia. Luego, la patada. Estoy hecho ya a esa idea. Lo que te busques por ahí, no me importa. La última vez, te encontré en una escena parecida con el «botones» de otro hotel. Al menos ahora has prosperado. Es un policía. Me dijeron abajo que un federal había venido a vernos. Supongo, señor Vincent, que solamente estaría jugando con Dawn, como el gato con el ratón, y que no habrá creído ni por un momento que ella haga esas cosas sin meditarlas bien previamente. Quiso impresionarle, eso es todo. Veo que tuvo éxito.

Era un matrimonio que daba escalofríos. Sharon se casó por pura conveniencia comercial con Sylvester, pero el traidor y saboteador era, al menos, un hombre íntegro en los demás terrenos. Stacy, además de pasar el ridículo, se complacía en él, como el cerdo que gusta de revolverse en el fango. No supe si me daba pena o asco. Quizás las dos cosas.

—Creo que les dejo —murmuré, sacudiendo la cabeza— Vine a saber cosas sobre Sharon no sobre ustedes dos... Les deseo suerte en el legado... y feliz final de su matrimonio.

—Eso tiene gracia —rió ella— Es mejor que el último chiste de Bob Hope.

—Puerca —jadeó Stacy, mirándola con odio— Me das náusea

—Mira quien fue a hablar... —rezongó ella. Y le llamó algo muy feo, entre dientes. Yo me movía ya hacia la salida, sin querer mirarles siquiera.

—Vincent, si le interesa saberlo, Dawn aborrecía tanto a su prima Lori, conocida más bien por Sharon Weld, que de buena gana la hubiera estrangulado —oí decir a Stacy.

Me volví. Ella le volvió a llamar algo todavía peor, con gesto de ira. El descote ya no era sino una abertura vertical, de anchura desmesurada, pero parecía darle lo mismo.

—¿De veras? —miré a Stacy— ¿Y lo hizo?

—No lo sé —farfulló él— Personalmente creo que sí... Ahora, todo será para ella, ya que el maridito de Sharon va a tostarse en la silla... Seguro que ella misma le contó quien era el esposo, y Dawn vio el cielo abierto, para quedarse con el dinero en su totalidad...

—¡Eres un...!

No escuché el piropo que ella le dedicaba ahora. Sencillamente salí, cerrando tras de mí. Pensé en el aroma de gardenias, en la acusación de Stacy, que ella no negó. Y en el modo que tuvo Dawn de señalar a Stern como posible culpable del crimen.

Todo eso tenía su lógica, tuve que admitir de mala gana. Lo peor era que no sabía con qué versión quedarme.

Cansadamente, tomé mi automóvil y crucé Manhattan, para volver al apartamento lujoso de Sharon Weld, donde ya no había policías, ni técnicos del Gabinete, ni nada parecido.

Se había dejado cerrado el apartamento. Cerrado definitivamente, pero sin autorizar su arrendamiento a los propietarios. No todavía, en tanto hubiera allí pertenencias de Sharon Weld. Cosas que podían ser pruebas, indicios, posibles rastros hacia alguna parte o alguna persona...

Aunque personalmente había perdido toda esperanza al respecto, volví al apartamento. Lundigan tenía una copia de las llaves y yo otra. Utilizar ganzúas, hubiera arruinado la cerradura y la dirección de edificio de apartamentos de lujo era muy exigente en

ese terreno, cerradura y la dirección del edificio de apartamentos de lujo era muy exigente en ese terreno, edificio por los periódicos.

Abrí el apartamento. Vi en seguida las luces encendidas, oí la música, tenue, muy tenue, en el tocadiscos. Y escuché el silbido de la soda, cayendo en un vaso con licor.

«... Sharon,
she is the love, she is the dream...
Sharon,
loves a man, loves to you...»

Rápido, saqué mi pistola automática Parabellum, muy decidido. No podía ser Lundigan. Ni nadie de la Oficina Federal. Fuese quien fuese no tenía permiso alguno para estar allí, para manejar el tocadiscos, el bar y todo lo demás...

—Es mejor que no se mueva, quienquiera que sea —avisé duramente, cruzando el umbral entre el recibidor y el gabinete o living, apuntando con mi arma a la persona que a contraluz, bebía un combinado en un alto vaso, entre las luces del mueble-bar y las del tocadiscos estéreo.

Se volvió hacia mí. Era una mujer. Me sonrió.

—Buenas noches —dijo suavemente— Me asustó usted. Pase, por favor... y deje ese arma.

Miré a aquella mujer.

Creí volverme loco. Creí soñar o ver alucinaciones.

Ella era Sharon.

Sharon Weld en persona.

SEGUNDA PARTE

ASÍ AMÉ A SHARON

CAPÍTULO I

Sharon.

Era ella. Viva, vital, tumultuosa, llena de sensualidad, de encanto, de arrebatadora y perversa feminidad...

Sharon en persona. La misma a quien vi muerta. De no haberla visto allí, sin vida, y luego en la Morgue, y más tarde tras la autopsia cuando se efectuó el funeral por ella, hubiera dicho que todo fue un sueño, que nunca vi a Sharon Weld sin vida, en aquel mismo apartamento, el once de aquel frío mes de diciembre...

—Sharon... —murmuré como anonadado. Y mi brazo colgó cuan largo era, con el arma a su extremo, pendiendo de mis dedos flácidos— No puede ser.

—Sharon Weld, que vuelve del Más Allá —rio ella, burlona. Dejó el alto vaso de licor y se acercó a mí— ¿Un martini?

—No —rechacé— Algo fuerte. Brandy. Sin soda ni hielo, por favor...

Me lo sirvió rápidamente. Observé como en sueños, sus rápidos movimientos por la sala, su modo sinuoso de andar, el movimiento felino de una figura de mujer tan pronunciada y turgente como si estuviese sin ropa encima, como lo estaba el cuerpo mismo de Sharon aquel once de diciembre...

Sólo que ella no vestía como Eva. No ahora. Un traje de plateado tejido, adherido a su cuerpo, en una pieza entera, de corpiño y pantalón largo, tan ceñido como una malla, dibujaba un

cuerpo increíblemente hermoso y perfecto, que al siluetarse era como una desnuda estatua de plata.

—Su brandy —dijo, mirándome burlona— ¿Se sienta, o prefiere desmayarse en la alfombra ahora mismo?

Me bebí la copa de un trago. Sentí el impacto de calor en el estómago, y luego corriendo por todas mis venas. Sacudí la cabeza, dominando el aturdimiento como mejor pude.

—No —dije— no puede ser.

—No puede ser ¿qué? —preguntó Sharon.

—Usted. No puede ser usted.

—Eso es absurdo. Soy yo. Existo, ¿no me ve?

—Usted... no puede ser Sharon —repetí jadeante.

—Eso ya es diferente —rio entre dientes, exhibiendo la punta rosada de su lengua, entre los dientes iguales y blancos. Meneó la cabeza, de un lado a otro— No. No soy Sharon Weld, si es eso lo que quiso decir.

Yo iba de sorpresa en sorpresa. Creo que puse gesto de necio. O se lo debí parecer, porque soltó de buena gana una fuerte carcajada melodiosa. Fue al tocadiscos y paró el movimiento del plato. Dejó de sonar la voz de Sharon en la canción. Solamente oí la suya personal, hablando suave. Y no era igual que la del disco.

—Yo no dije que fuese Sharon. Lo dijo usted —me avisó.

—Es que tiene que ser Sharon.

—¿En qué quedamos? —sacudió la cabeza otra vez, siempre en sentido negativo— No, no lo soy.

—¿Quién es, entonces? —indagué incrédulo.

—Sheena. Sheena Kent es mi nombre.

—La vi antes de ahora. Ahí —señalé el perfil pintado en la alfombra— Muerta...

—Los muertos no resucitan. Ni siquiera Sharon conseguiría eso —se mofó ella.

—Explíquemelo, entonces.

—Es simple. Soy su «doble».

—Su... ¿qué?

—Su «doble» —rio la dama del traje plateado. Bebió un sorbo de licor de su alto vaso. Me miraba, sardónica— Todas las artistas tienen un «doble» para ciertas cosas.

—Conforme. Pero ninguno es exacto al original.

—Yo sí, —sonrió de nuevo, como dándome ánimos— Es cosa de Stern.

—¿De Luther Stern?

—Claro. Me encontró él. Me preparó adecuadamente. No me parezco tanto como cree. Gran parte es por el peinado, el color de pelo, el maquillaje, el depilado de cejas, detalles de las facciones. Mi misión era copiar a Sharon en todo. Absolutamente en todo. Para eso cobro.

—No es posible —murmuré— No hay parecidos tan notables...

—Claro que los hay. Se buscan en concursos. Stern hizo un concurso una vez. Nos presentamos veinticinco aspirantes, que creíamos parecemos a la hermosa Sharon Weld. Solamente cuatro llegamos a la final, y de las cuatro, dos fuimos finalistas absolutas. Yo resulté la más parecida, y Stern me firmó contrato.

—¿Para qué?

—A veces, Sharon ponía dificultades. Stern pensó en crear una segunda modelo, idéntica. Y lo hizo. Casi soy igual, aunque le repito que me esfuerzo en parecerlo más aún.

—¿Por qué hizo tal cosa él? ¿Pensaba que iba a quedarse sin Sharon... y quiso tener una contrafigura para el momento oportuno?

—No sé —la hermosa «doble» de Sharon se encogió de hombros— Nunca me contó él tal cosa, la verdad... Ni a mí se me ocurrió preguntarle. Cobro un buen sueldo por no hacer nada, sólo por parecerme a Sharon cuanto pueda. Eso está bien, y no quiero perder mi trabajo. Cuando leí lo de su muerte, temí lo peor. Pero Stern me tranquilizó. No pierdo mi empleo. Es más, voy a posar seguramente, para suplir a Sharon en el estudio de Stern. ¿No sería eso maravilloso? Claro que mi físico hasta ahora fue solamente el rostro. Hace falta que la figura encaje bien...

Estudié críticamente su plateado perfil anatómico. Sacudí la cabeza.

—Seguro que encaja bien —aprobé— No puede ser de otro modo.

—Gracias. Usted es muy amable, señor..., ¿Cómo se llama usted?

Me adelanté hacía ella.

—Vincent. Mark Vincent —dije, mostrando mi credencial— Oficial Federal.

—¿Agente del F. B. I.? Es fascinante...

—No lo crea —estudié sus ojos. Eran los ojos de Sharon. Estudié su boca. La boca de Sharon. Su óvalo, su cabello. De Sharon, sin duda. Su cuerpo. Senos jóvenes, firmes, erguidos, cintura breve, caderas de suave curva sinuosa, largas piernas... Como Sharon. Sólo que ella estaba viva. Y era como ver a Sharon resucitada. Sin saber la causa, todo aquello me agitaba extrañamente.

—¿Por qué ha venido aquí? —preguntó ella de repente.

—Tengo llave. Y soy policía. Investigo este caso —la miré, inquisitivo— Es a usted a quien debo preguntar eso ahora. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo entró?

—Igual que usted; por la puerta...

—Ya —mascullé— No creí nunca que tuviese un helicóptero en la terraza. ¿Quién le dio la llave?

—Sharon.

—¿Sharon? ¿Por qué ella?

—Estaba muy divertida con la idea de tener una «doble». Dijo que quería enseñarme a hablar igual que ella, a cantar, a moverme como ella lo hacía.

—¿Por qué todo eso? Creí que le irritaría que Stern hubiera buscado una segunda Sharon Weld...

—Eso pensé yo también. Y creo que el propio Stern. Pero ella pareció complacida, divertidísima en realidad con el juego. Me dio

una llave suya, me pidió que viniera con frecuencia, que hablaríamos las dos, que me enseñaría a imitarla perfectamente.

—¿Le dijo para qué?

—No, nunca lo dijo. La oí decir, eso sí, que iba a ser divertido burlarse de alguien...

—¿Mencionó nombres, dio algún, indicio sobre ese alguien?

—No, nada. Nunca aclaró sus ideas al respecto. Ha muerto sin revelarlas.

—Y usted viene a su apartamento a tomar algo, a beber licor, a oír música, a disfrutar del apartamento de una mujer muerta...

—¿Yo? —Sheena Kent me miró aturdida— ¿Por qué dice eso?

—Es la pura verdad, ¿no?

—Yo... yo nunca hubiera venido aquí por mi voluntad, puede creerlo. Sencillamente, si lo hice fue por esa llamada.

—¿Llamada? —enarqué las cejas— ¿Qué llamada?

—La que me hicieron para que viniese aquí esta tarde...

—¿Quién la llamó, señorita Kent? —pregunté sorprendido.

—No sé... Dijo que era para ocupar este apartamento, como si aún existiera Sharon Weld. Que debía esperar aquí a alguien...

—¿A quién?

—Tampoco lo dijeron. Por eso cuando le vi a usted... pensé que era la persona que había de acudir a entrevistarse conmigo...

—Pues no lo soy —negué rotundo— Alguien ha gastado una broma macabra con todo esto. Pero yo me digo que quienquiera que tuviese que venir... no ha venido aún. Nadie podía saber que yo me acercaría por aquí, de modo que usted ha sido situada en escena por alguien que conocía su existencia, para impresionar a alguien que no tiene el menor conocimiento de la existencia de una mujer «doble» casi perfecto de Sharon Weld.

—Pero... ¿quién?

Iba a confesarle rotundamente que no tenía la menor idea, cuando hubo un leve chasquido en la puerta, a espaldas nuestras. Me puse rígido. Cambié una mirada con Sheena Kent, la contrafigura de Sharon. Ella me contempló, preocupada.

—Creo que quienquiera que sea, está ya ahí —dije— Vamos a saber en seguida la respuesta, señorita Kent...

Esperamos, los dos con la vista fija en la entrada. Si las cosas eran como ella había dicho, alguien iba a llevarse una sorpresa descomunal cuando entrase allí, al verse ante Sharon Weld rediviva.

Confieso que rara vez sentí mayor curiosidad que en ese instante. Ni mayor tensión tampoco, preguntándome a mí mismo quien sería la persona que entraría en el apartamento de Broadway donde días atrás fuera asesinada la hermosa modelo...

Allí estaba ya.

Su largo alarido de horror, resonó en todo el apartamento. Se quedó mirando a Sheena Kent como a un aparecido. Luego, cayó de rodillas, con un espasmo, la palidez en el rostro, los ojos desorbitados, el cuerpo sacudido por una especie de crisis nerviosa irresistible.

Era Lawrence Evans, el melenudo músico de aire bohemio e inadaptado.

* * *

—¿Por qué Evans? ¿Por qué ese súbito terror ante la imagen rediviva de Sharon Weld?

—No, no sé... Estaba muerta. Verla así, de repente, llena de vida, como si nada hubiera sucedido...

—Usted dijo amarla. ¿Se siente ese horror ante la imagen de quien se ama?

—Cuando ese alguien está muerto y enterrado, y surge de súbito ante uno... sí. Claro que se siente terror... Además mis nervios... Estoy enfermo de ellos, Vincent.

—Ya lo he visto. Hizo falta un poderoso calmante para relajarle y controlar su crisis. ¿No conocía usted la existencia de una «doble»?

—No. Jamás Sharon dijo nada. Ni Stern, tampoco. Fue... fue una sucia faena. Y usted se hizo cómplice de todos ellos...

—Yo solamente esperé sus resultados. ¿Quién le citó hoy aquí, Evans?

—¿Cómo puedo saberlo? Me dijeron que viniese, que había una reunión con la policía... No conocí a quien llamaba, pero dijeron que utilizara mi propia llave del apartamento para venir a responder a unas preguntas, en un careo con otros sospechosos...

—¿No imaginó que había gato encerrado en esa llamada?

—Era difícil imaginarlo. Y menos, para una broma de tan pésimo gusto...

—¿Confundió realmente a Sheena Kent con Sharon Weld?

—Cualquiera las confundiría, Vincent. Usted mismo...

—Yo nunca vi con vida a Sharon. Les pregunto a ustedes, los que la conocieron.

El músico de la melena, agitó ésta al mover la cabeza, con aire perplejo.

—Nunca vi nada igual. Si me juran que es la propia Sharon resucitada, lo creo.

—¿Tanto es el parecido?

—Asombroso. Sólo la voz cambia un poco, pero yo al principio no oí su voz. Verla y fallarme los nervios, fue todo uno. Me gustaría saber quién fue el hijo de perra que me tendió esta maldita trampa...

—Sí, también a mí —admití, pensativo— No imagino lo que puedan buscar en ello, a no ser que se trate de alguien que, quiere comprobar por sí mismo la reacción de cada sospechoso ante una situación límite, confiando en que con ello se delatará alguien. Pero si así es, ¿cómo puede el que avisó enterarse si ella, Sheena Kent, estaba sola en este apartamento y...?

Me detuve. Rápidamente intuí lo que sucedía. No pude evitarlo, aunque hubiera querido controlar mis impulsos. Mis ojos, mi rostro, giraron hacia la puerta-balcón del apartamento.

Fuera, estaba nublado, oscuro y frío, pero no nevaba y la visibilidad era buena. Clavé mi mirada enfrente, en los vidrios de docenas de ventanas de un edificio de oficinas de arrendamiento. Algo se movió en una de ellas. Yo, rápido corrí fuera del apartamento. Descendí vertiginosamente a la calle, corrí al edificio

situado enfrente. Salían y entraban docenas de personas por su amplia puerta. Seis ascensores funcionaban sin interrupción.

Era tarea imposible buscar allí a nadie. Quien fuese el vigilante espía del edificio de enfrente, se emboscaría fácilmente entre el gentío, evadiéndose de mí. De todos modos me dirigí a la planta alta, situada frente por frente a los apartamentos donde Sharon viviera.

Una vez arriba, pregunté por el encargado de la planta. Me recibió en una pequeña oficina. Mostré mi credencial. Pedí datos sobre las oficinas arrendadas. Me los dieron. Me mostraron el plano del edificio. Rápidamente, estudié la situación de ciertos apartamentos y mentalmente tracé una línea con el edificio frontal.

—Aquí —dije, señalando a dos piezas situadas en el centro de la fachada.

El funcionario estudió el plano. Consultó luego un índice de oficinas.

—Una está deshabitada, la letra F —dijo— La G, que es la inmediata, la ocupó una Agencia de recortes de prensa, hace cosa de una semana...

—Una semana... —reflexioné— Sí, creo que es ahí. Vamos, por favor. Abra esa oficina.

—Pero señor, habrá alguien ahora allí dentro y...

—No creo que haya nadie. En cualquier caso, me hago responsable. Es una orden federal. Vamos allí, en seguida.

Le convencí, y me escoltó hasta esa oficina, aunque evidentemente preocupado. Probamos la puerta. Estaba cerrada.

—Abra —le indiqué— Tendrá usted duplicado de cada llave...

—Sí, pero...

—Vamos, no discuta. Abra. Este es un caso de asesinato. Algo muy serio, amigo.

Eso pareció convencerle. Abrió. Entramos en una oficina no muy amplia, moderna y limpia. Solamente había dos máquinas de escribir de oficina, un archivador que apareció lleno de recortes de diario, aparentemente archivados por temas, y una puerta que daba

al despacho de la Dirección, con el indicativo de no autorizar la entrada, salvo si era previamente anunciada la visita.

Esta vez no esperamos a que nadie les anunciara, porque nadie había tampoco en la oficina. Pasamos al despacho de Dirección. Me dirigí directamente a la vidriera amplia, asomada a la calle. Enfrente, mirándome a distancia, Sheena Kent y el melenudo Evans. Ambos en el apartamento de Sharon. Ella agitó su brazo, jovialmente. La respondí al saludo.

Luego, miré a un lado del despacho. Vi los potentes binoculares, y una especie de catalejo potente, graduado, situado sobre un trípode. Había también un asiento desde el que, sin duda, se seguía cómodamente la observación del apartamento de enfrente.

—Lo que me temía —dije— Espiaban a Sharon Weld. Y siguen espiando ahora. ¿Quién y por qué motivo?

Dije al empleado que no tocara nada, que clausurase la oficina, y que por orden federal se prohibía entrar allí incluso al ocupante habitual de la misma, aunque sospechaba yo que ese arrendatario no volvería por el momento. Los expertos irían a buscar huellas, si bien también me temía que allí se habrían utilizado guantes y difícilmente existiría huella dactilar alguna, a poco prudente que fuera el espía, el observador misterioso de aquel apartamento...

Regresé pensativo junto a la «doble» de Sharon Weld y el sorprendido músico de largo cabello y aire abstraído. Ambos me miraron expectantes.

—No sé si es el propio asesino de Sharon Weld quien contemplaba este apartamento desde allí enfrente... o el caso nada tiene que ver con su muerte. Pero lo cierto es que en esta ocasión, sí observaban minuciosamente cuanto aquí sucedía, esperando su reacción ante Sheena, la falsa Sharon Weld. Espero que usted, Evans, pueda explicarnos esto. ¿Por qué le han elegido a usted como sujeto de tal experimento?

—Le aseguro que no tengo la menor idea —se quejó plañideramente el músico y poeta.

—Es difícil creerlo, después de que le citaron aquí para ver cómo reaccionaba ante Sharon resucitada.

—Pues es la pura verdad —protestó Evans, irritado— Además, ¿está usted seguro de que yo he sido el único en ser citado para venir aquí hoy?

—Por el momento, parece que no ha acudido nadie más —sonreí.

En el acto me dije que hubiera sido una excelente ocasión para callar, porque esta vez otra llave giró en la cerradura. Sorprendidos, Evans y Sheena dirigieron su mirada a la entrada del recibidor. También yo, rápido, interponiéndome ante Evans, para descubrir quién era el recién llegado y sorprender su reacción frente a la figura de la falsa Sharon resucitada...

Cuando entró en el apartamento, oí una imprecación de asombro en sus labios. Luego, se quedó mirando a Sheena posteriormente a mí, en medio de un perplejo silencio, y al final nos espetó:

—Bueno, Mark ¿qué significa esto exactamente?

Yo se lo hubiera querido explicar. Pero la identidad del recién llegado me sorprendió tanto como a él pudo sorprenderle la presencia de una nueva Sharon, llena de vida.

Era Cornell Lehamn, el agente especial de la C. I. A.

CAPÍTULO II

Me gustaría saber qué está ocurriendo alrededor nuestro, Vincent.

—También a mí Cornell —suspiré— Hay una serie de factores que carecen de sentido por el momento...

Estábamos almorzando en uno de los mejores restaurantes europeos de Nueva York. Los cuatro en una mesa bien servida. El matrimonio Lehman, el teniente Lundigan y yo.

—Esa chica, la «doble» de Sharon... —terció el teniente Lundigan, perplejo— ¿De dónde ha salido, y con qué finalidad?

—No lo sé, teniente —admití, preocupado— Pero es cierto que Stern la eligió para hacer una «doble» de Sharon Weld. Primero no le dijo nada a Sharon, luego ésta se enteró y, cuando todos esperaban que montase en cólera, aceptó a la chica, y dijo a Sheena Kent la falsa Sharon, que iba a divertirse mucho gastándole a alguien cierta broma. Nunca se supo cuál era, ni a quien pensó embromarle. Ahora, Sheena es llamada por alguien que sabía ya de su posesión de una llave del apartamento de Sharon, para que vaya allí a entrevistarse con alguien. Ella acude, y también acuden Evans, y usted, Lehman, avisados por alguien que les da parecidos pretextos. A Evans, que la policía le espera allí. A usted, Lehman, que yo le aguardo con urgentes informes sobre Lyman Sylvester y su traición. Todos pican el anzuelo, van allí... y se descubren dos cosas. Que ambos tienen llave del apartamento de Sharon. Y que usted, Lehman, conocía perfectamente a Sharon Weld, a juzgar por su reacción frente a ella.

—Debo confesar ambas cosas —suspiró el agente de la C. I. A. contrariado.

—Espero que me convenzas a mí —le recordó con cierta frialdad su mujer. Deanna Lehman no pareció bromear pese a que, con su habitual elegancia, fingiera ironizar sobre la cuestión, con perfecto dominio de su gesto y entonación— Un esposo que tiene la llave del apartamento de una hermosa mujer... y además conoce muy bien a Sharon Weld, pese a que nunca debió verla, puesto que el caso Sylvester nunca se relacionó en realidad con Sharon ni con nada de su vida privada.

—Evidentemente caballeros, alguien se está divirtiendo con pésimo gusto a costa mía, haciéndome bailar al son que le da la gana —se irritó Lehman, ceñudo— Esto es una broma muy pesada e irritante.

—Dudo que sólo busquen divertirse con bromas inocentes, Cornell. —le respondí— Hay alguien que busca algo, y sabe cómo hacerlo. Me pregunto adónde nos conducirá todo ello, pero si no tiene inconveniente, hable delante de su esposa sobre la cuestión. Usted quiso que ella estuviera presente en este almuerzo, cuando le sugerí que hablásemos usted, Lundigan y yo, como representantes de las autoridades mezcladas en este extraño caso...

—Sí, prefiero ser enteramente leal, Vincent. Con todas sus consecuencias.

—Muy bien —sonreí— Adelante. Y usted, señora Lehman, sea benévola.

—Trataré de serlo... según hasta donde llegue la confesión de Cornell —suspiró ella, algo preocupada.

Cornell se removió inquieto en su asiento, nos miró a todos, uno por uno y terminó por declarar:

—Sharon Weld no se quedó enteramente al margen cuando el caso de su esposo, Lyman Sylvester.

—¿Cómo? —me sorprendí— ¿Qué quiere decir con eso, Lehman?

—Lo que he dicho. Sharon actuó en su afán de ayudar a su esposo a salir del atolladero. Sólo que no le fue posible, y su nombre quedó en el anónimo, para evitar el escándalo.

—Usted sabía lo de Sharon y Sylvester, en este caso —le acusé, tajante.

—Sí —resopló— lo sabía. Ella me lo confesó.

—¡Cornell! —se sorprendió su mujer— ¿Qué significa...?

—Significa que oculté algo a todos vosotros. Ella me lo pidió. Me llamó, confiando en mi palabra. Primero fue de modo anónimo, y me exigió una promesa, mi palabra de honor de no difundir una verdad ingrata, si su esfuerzo era estéril para ayudar a Sylvester a salir del dilema en que se encontraba.

—¿Le dio usted esa palabra?

—Sí, se la di sin saber aún quién era ella, en una entrevista a la que acudió velada, ocultando su identidad, en un determinado club de Manhattan. Ella quería salvar a Lyman, como fuese. Pero no poseía evidencia alguna favorable a su marido. Sólo la seguridad absoluta de que no era culpable. Su convicción personal no era bastante. Le pedí pruebas. No las tenía, aunque prometió reunirías en breve plazo y avisarme.

—¿Eso lo prometió Sharon? —arrugué el ceño, contemplando asombrado a mi colega de la C. I. A.— ¿Por qué no me contó nada de eso?

—La verdad es que no la tomé demasiado en serio entonces. Lo atribuí todo a un afán de esposa fiel y desesperada. La escuché, le di mi palabra de ser discreto en el asunto y no mencionarla para nada, salvo cuando llegase el momento de probar la inocencia de Sylvester. Inocencia en la que yo, sinceramente, jamás creí.

—Siga. ¿Qué pasó después?

—Inesperadamente, Sharon dejó de luchar, se mantuvo pasiva. Sylvester fue juzgado y condenado, usted lo sabe, Vincent. Creí que todo estaba zanjado, y olvidé por completo a Sharon Weld. Cuando, de repente, recibí un mensaje urgente de ella.

—¿Un mensaje?

—Sí. Me citaba en su apartamento, por la noche, secretamente. Yo debí acudir y abrir con una llave que ella me entregó entonces, por si surgía esta circunstancia. Todo debía de ser muy cauto, muy silencioso. Intrigado, acudí a la cita.

—¿Acudiste? —Deanna Lehman iba de asombro en asombro— Cielos, Cornell, me dejas perpleja...

—A veces es preciso proceder con mucho sigilo, para que las cosas salgan definitivamente bien. Así lo hice yo, Deanna. Sólo que... no salieron bien.

Cada vez se hacía más intrigante aquello.

Cada respuesta era una sorpresa.

—¿Esa cita era... la noche entre el diez y el once de diciembre? —pregunté yo, grave el tono, sin separar mis ojos de Lehman.

—Exacto. Esa misma noche —eludió mi mirada avergonzado— Perdón, Vincent. Le he ocultado cosas posiblemente trascendentes, pero no tenía otro remedio. Lo que encontré esa noche en el apartamento de Sharon Weld, no era lo más adecuado para referirlo a todo el mundo. Desgraciadamente, llegué tarde. No a la cita, a la que fui puntual... sino al encuentro con Sharon Weld, cuando aún disfrutaba de vida.

—¿Ella, estaba muerta ya? —indagué.

—Sí, Vincent —tragó saliva—, Estaba muerta. Y estrangulada sobre la alfombra... Aquello no tenía el menor sentido, la verdad. Me sentí cohibido, asustado. Muerta Sharon, ¿cómo justificaba yo una visita a una dama de su fama y en tales circunstancias? Yo había ocultado el hecho a todo el mundo. ¿Era sensato provocar un escándalo, cuando ella ya nada podía revelar?

—Pero Lehman, usted debió pensar algo —le recordé— Ella dijo que le avisaría cuando tuviera pruebas de la inocencia de Sylvester. Sin dudas las tuvo cuando le citó esa noche. Pero alguien más lo sabía. Se anticipó a usted y tapó definitivamente la boca de Sharon Weld.

—No pensé nada entonces. Ni lo pienso ahora serenamente tampoco —jadeó Cornell Lehman apuradamente— No tengo

evidencia alguna de que Sylvester sea inocente...

—Y si ella la tuvo, murió con ella misma —le objeté tajante— Usted debió informar de cuanto sucedía, para que al menos se aplazase esa ejecución, para que hubiera una revisión del caso, un resquicio de esperanza, en suma, para Lyman Sylvester...

—No, tiene base obrar así. A Sharon pudo matarla cualquier tipo apasionado, alguien que la odiara o la amase con exceso. Ya sabe cómo son esa clase de mujeres...

—No, no lo sé —miré acusador a Lehman— ¿Lo sabe usted acaso?

—Bueno, no... —se agitó inquieto, ligeramente pálido, como envuelto en una tupida telaraña—. No sé pero es fácil de imaginar...

—En nuestro trabajo Cornell, no sólo existe la imaginación, sino la fría lógica y el razonamiento. A Sharon Weld pudieron matarla cualquier día, de haber sido un crimen de tipo pasional, pero resulta extraño que la matasen justamente la noche en que le prometió a usted informes fidedignos, pruebas y evidencias sobre la inocencia de su esposo cautivo y acusado de traición y sabotaje. Ahora tienen sentido las sumas que gastó últimamente Sharon, en un esfuerzo por ser leal al hombre que le había concedido el matrimonio, para que alcanzase su legado familiar correspondiente, sin dar publicidad alguna a tal enlace. Sylvester, a juicio de ella, merecía esa ayuda. Y ella se la concedió, ¿comprende?

—No del todo. ¿Dónde podía ella encontrar evidencias a favor de su marido?

—Nunca se sabe lo que una mujer como Sharon Weld puede hacer cuando se obstina en algo. Ella tenía dinero, amistades, conocía a gente importante, estaba metida en muchos ambientes que posiblemente desconocemos... En suma, manejó sus cartas hábilmente y consiguió algo, no sé lo que ello fuese. Entonces esperó a que usted le fuese útil, informándole de cuanto sabía. Sin duda que eso provocaría la revisión del proceso de Sylvester, un nuevo enfoque del problema.

—Está hablando en teoría.

—Muerta Sharon, forzosamente ha de ser todo teoría —sostuve yo secamente— Pero la teoría es inseparable de un agente que investigue un asunto, y usted lo sabe. Sólo que es un maldito obstinado, Lehman, y quiere creer en la culpabilidad de Sylvester a ultranza. No admite la posibilidad de que sea inocente.

—No, no la admito.

—Cornell a veces resultas odioso —suspiró su mujer, con enfado — ¿Cómo es posible que hables así? Eres un agente, un hombre que debe buscar la verdad donde sea, no aferrarse a una obsesión que no es sino un punto de vista estrictamente personal y, por ello, carente de valor por sí mismo.

—Siempre has de ponerte contra mí, Deanna —se enfureció Cornell.

—No, no es contra ti —replicó su esposa altivamente— Es contra tu obstinación, contra tu modo de ser intransigente y radical por encima de todo. Hay que ser flexible, aceptar todas las posibilidades, por remotas que sean. Justamente como hace Mark Vincent, ¿no te das cuenta?

—Vincent es un federal. Yo, un miembro de la C. I. A. vemos las cosas de diferente manera, eso es todo.

—Cornell hasta ahora tuve cierta fe en ti, pero ahora me has fallado lamentablemente con esa actitud. Lo cierto es que eres un cobarde.

—¡Deanna! —se sorprendió dolorosamente el agente de la C. I. A.

—Un cobarde que tuvo miedo de verse implicado en un dilema grave, en un mar de sospechas, en relación con el hallazgo del cadáver de Sharon Weld. Entonces, optaste por huir, que era lo más cómodo, callar lo que sabías, y esperar que otros descubrieran el cuerpo sin vida de la muchacha, mientras tú te quedabas limpiamente al margen, sin que el lodo del asunto pudiera salpicarte en absoluto. Solamente el hecho de que fueses tú quien acusó en su día a Sylvester, te hizo entrar de nuevo en este asunto, y me imagino la escasa gracia que ello te haría...

—Deanna tú no entiendes... —jadeó el hombre de la C. I. A.— Una persona de mi historial, no puede correr el riesgo de verse mezclado en un feo crimen que podía ser obra de un sádico, de un enfermo sexual. Aquello no me pareció nunca nada relacionado con espionaje, con el caso Sylvester ni nada parecido. Un cuerpo de mujer hermosa sin ropas, música en un tocadiscos, cigarrillos, combinados...

—Espere —corté bruscamente yo— Ahora empiezo a entender...

—¿Qué es lo que entiende? —se sorprendió Lundigan.

—Todo eso. Los detalles. La escena: música, medias luces, combinados, cigarrillos apagados... Todo pura escenografía. La ausencia de ropas sobre el cuerpo de Sharon Weld...

—Terminemos, Vincent, ¿adónde va a parar con eso? —mostró el teniente de Homicidios su total desorientación.

—A una conclusión cierta. La muerte de Sharon Weld no tuvo nada que ver con sus problemas sentimentales y pasionales. Muy astutamente, eso se nos trató de hacer ver, con una escenografía adecuada. Se montó un tinglado especial, de ahí lo absurdo del detalle de la desnudez en el cuerpo de Sharon. La debieron desvestir después de muerta. Luego, alguien fumó los cigarrillos, puso rouge en los emboquillados, con la propia boca de la muerta... sirvió combinados, depositó el disco en el plato. Apparently, Sharon Weld estaba con alguien en la intimidad de su vivienda. Alguien que le era muy querido, muy íntimo... Falso todo. No hubo nadie así. Sharon esperaba a Cornell Lehman. Y si hemos de creer a éste, él llegó cuando ya todo había sucedido, cuando la muchacha estaba muerta y la escena se había dispuesto astutamente.

—¿Qué quiso decir con eso de «si hemos de creerle», Vincent? —me replicó airado el hombre de la C. I. A.— ¿Es que acaso ponen en duda mis palabras?

—Sinceramente, Lehman —sonreí agresivo— Ha pasado usted a ser uno de los sospechosos en el caso. Usted sabía que ella no esperaba a nadie sino a usted. Acaso llegó cuando aún vivía

Sharon, y ella le confesó que Sylvester era inocente. Le ofreció pruebas. Todo eso iba a dañar su prestigio. Si el capitán probaba que era inocente, su fracaso como hombre responsable del derrumbamiento total de Sylvester, sería terrible. Se mofarían de usted, ya nunca creerían en la palabra de Cornell Lehman...

—¡Vincent, le presentaré una demanda por injurias y calumnias, si sigue hablando así! —se enfureció.

—Haga lo que quiera. Yo hablo aún en teoría, Lehman, y creo estar en un terreno razonable y lógico. No quería usted matar, pero discute con Sharon, la exige que calle, para que Sylvester sea ejecutado, y se archive el caso definitivamente. Por supuesto Sharon insiste. Salvará a su marido, pese a que sea el suyo un matrimonio de pura conveniencia. Ella quiere serle fiel al hombre que se ha portado honestamente con ella en su convenio.

—¿No cree que ya basta de tonterías?

—Discuten ambos —seguí imperturbable— Ella exige la verdad, dice que avisará a quien sea para probar la inocencia de Sylvester. Pugnan los dos, usted la aprieta excesivamente sin querer... y llega el drama. Ella está muerta. ¿Qué hacer? No puede revivirla. Todo se hunde a su alrededor. Y usted entonces, resuelve alterarlo todo, convertir el escenario en algo distinto, para darle un cariz diferente al crimen. Una hábil idea, muy propia de un hombre con imaginación, miembro de la C. I. A.

—¡Vincent, eso es una infamia! —jadeó Lehman, rabioso, lívido.

—Posiblemente, —sonreí tranquilo— Pero ¿cómo sonaría en los oídos de un fiscal habilidoso? Seguro que le iba a meter en serios problemas, amigo mío. Y todo por culpa suya. Por no haber hablado a tiempo, diciendo cuanto sabía sobre el caso. Ahora, le guste o no, va a tenerse que revisar el caso Sylvester. Todos nos empeñaremos en ello. No se puede esperar, cruzados de brazos, a que un hombre, posiblemente inocente, sea ejecutado por algo que no cometió.

—Es usted... es usted odioso... —jadeó Cornell Lehman, extenuado, mirándome con ira, con profunda aversión.

—Perdona, Cornell, pero creo que Mark Vincent ha sido muy lógico en sus razonamientos —habló con frialdad Deanna Lehman, su esposa, poniéndose en pie con arrogancia— Tal vez tú no seas culpable, pero ¿quién va a convencerme a mí de que eso que he oído no es cierto? ¿Cómo volveré a tener fe en ti, después de lo de hoy? Disculpen, caballeros...

—¡Deanna! —gimió Lehman.

Pero ella no le hizo caso alguno. Abandonó la mesa, dejándonos a los tres solos. Cornell Lehman, siempre tan duro, tan dueño de sí, tan rígido e implacable, era ahora como un guiñapo vencido y humillado.

Debo confesar que no soy cruel. Pero no sentí compasión por él.

* * *

Luther Stern enarcó las cejas, dejando de estudiar una pose de Sheena Kent, la «doble» de Sharon.

Se volvió hacia mí, pensativo, mientras los pliegues de las ropas que envolvían el cuerpo magnífico de Sheena, eran ordenados mecánicamente por sus hábiles dedos de profesional.

—De modo que ha vuelto a pensar en Sharon como en una espía... —comentó el fotógrafo de origen alemán.

—No exactamente —rechacé— Por el contrario, Sharon no se mezclaba en esas cosas. Lo que hizo fue ahondar en el caso de su esposo, Lyman Sylvester.

—Lyman no le importaba en absoluto, estoy seguro.

—Se equivoca. Sharon era leal con la gente. Sobre todo, con aquellos pocos que eran a su vez leales con ella. En el mundo que usted conoce, Stern, el mundo mismo en que se desenvolvió Sharon siempre, había poca humanidad, pocos sentimientos. Dinero, pasiones, deseos y ambiciones, codicia y envidias, y poca cosa más. Ella se casa secretamente con Sylvester para obtener su legado. He aquí que él es acusado y condenado. Ella cree estar convencida de que no es culpable. Y lo investiga a fondo. Invierte sumas en pagar confidentes, amistades, acaso a otros seres

relacionados con el mundo del espionaje y los secretos internacionales. Noblemente, gasta su dinero, sacándolo del Banco, para investigar en torno a su esposo. Un esposo que prácticamente no le es necesario, puesto que legalmente, tiene ya derecho a su herencia, puesto que a la lectura del legado él aún existirá en la Penitenciaría... Sharon, noble y generosa, se lo juega todo en favor del hombre con quien ha pactado un matrimonio de estricta conveniencia y nada más...

—Sí —suspiró Stern— Creo que todos olvidamos hablar de cierto aspecto humano de Sharon: era, ciertamente, noble y generosa, Vincent.

—Lo sabía —miré pensativo a Sheena Kent, que nos escuchaba atentamente— Estaba seguro de que Sharon no fue nunca como la gente imaginaba. Había en ella algo hermoso que no era su simple físico. Algo que creo me hubiera cautivado, de haberla llegado a conocer en vida...

—Vincent... —habló Sheena, sorprendida— Habla usted como... como si estuviera enamorado de Sharon Weld.

Afirmé despacio, con un estremecimiento.

—Sí —dije en un murmullo— Puede resultar monstruoso, pero... pero creo que me enamoré de Sharon apenas la vi. Y eso que estaba muerta...

* * *

—Cielos, Vincent... —Lyman Sylvester me miró larga, fijamente — Usted... enamorado de una mujer a quien no conoció en vida... Suena a macabro, a irreal...

—No es ningún sentimiento insano. Se puede amar a un ser a quien no se conoció —dije sacudiendo la cabeza— Es... es como un sueño. O una impresión vivida de algo que ya no existe, pero que existió, que pudo haber coincidido con uno en este mundo... Conocí a Sharon mejor que ninguno de ustedes, a través de la reconstrucción de los hechos que rodearon su vida y su muerte. Aprendí así a conocerla, a saber sus reacciones, a intuir su modo de ser y de pensar... Sylvester, usted, es su viudo. Y le soy sincero, tremendamente sincero, al admitir de antemano que sí, que hubiera sido tremendamente fácil enamorarse de Sharon, que su simple recuerdo, su imagen, puede servirle a uno para amarla limpiamente. No era la chica egoísta, ambiciosa, superficial y vana que muchos creían. No era la joven inaccesible y sin sentimientos. No era esa Sharon Weld, estoy seguro.

El ex-oficial de la Fuerza Aérea sacudió lentamente la cabeza en señal afirmativa. Su voz me llegó apagada, llena de evocaciones:

—Usted ha descubierto a otra Sharon, Vincent. A la verdadera Sharon, creo yo. Solamente su sensibilidad captó lo que ella era. Su gesto por mí fue hermoso, sin ir más lejos. Ella trató de salvarme, a toda costa. Casi lo logró. Y pagó con la vida su esfuerzo. ¿No es eso lo que usted mismo ha dicho ahora?

—Sí, Sylvester —afirmé— Eso es lo que le dije. Por eso estoy aquí de nuevo, por eso el F. B. I. va a solicitar del Gobernador un aplazamiento para revisar su proceso... Dígame, Sylvester. Esto es importante ahora. ¿Cómo pudo saber Sharon Weld la verdad sobre usted? ¿Adónde recurriría, a quiénes pagó para obtener informes, evidencias y cosas así? Ella supo dónde indagar la verdad. Usted sabrá algo, tendrá alguna idea, puesto que ella supo dirigir bien sus pasos...

El degradado oficial que esperaba allí, en su celda de Sing-Sing la ejecución inexorable por su delito, me miró largamente, en silencio. Luego, pausado, comenzó a hablar, tratando de encontrar el hilo de la enredada madeja que yo trataba de devanar:

—Verá, Vincent... Los secretos militares a los que tuve yo acceso, fueron entregados a una potencia enemiga, es cierto. Planos de secretos estratégicos del Arma Aérea, datos clave sobre lugares del mundo con proyectiles nucleares, vuelos de enlace secreto y cosas así. Sé que solamente yo pude hacer eso, porque únicamente yo, aparte los miembros de la C. I. A. que nos controlaban y vigilaban la zona, hubieran podido llegar hasta allí. En eso, también Cornell Lehman podría ser un sospechoso ideal, pero no creo que él sea traidor a nuestro país, Vincent.

—Ya ve. En cambio él, opina todo lo contrario de usted.

—No me importa —suspiró el ex-capitán, con triste sonrisa— Después tenemos el sabotaje al reactor nuclear, que provocó la explosión en la Base Once U. S. A. y la muerte con terribles quemaduras de su guardián, el sargento Forrester. Tampoco yo fui culpable de ello.

—¿Quién pudo serlo?

—Alguien que introdujese un explosivo adecuado, o manipulase los sistemas de conexión. Yo tuve ocasión, es cierto. Siempre pude hacer cuanto dicen. Por eso se me condenó. No por hacerlo, sino porque pude hacerlo. Y por ciertas ideas políticas mías de tiempo atrás, cosas de juventud que ya desterré hace tiempo, al volverme más consciente y sensato. Pero eso ya no sirve de nada. No convencí a nadie, Vincent, usted lo sabe.

—Es cierto. Pero no me ha dicho, aparte de sí mismo, quien podía hacer estallar el reactor de la Base Once U. S. A.

—Ya le dije que había algunas personas en mis mismas circunstancias. Y vuelvo a decirle lo mismo: en ambos casos podíamos ser igualmente personal estratégico del Aire... o los miembros de la C. I. A. encargados de vigilar esas zonas de máxima importancia militar.

—Volvemos, pues, a Cornell Lehman —sonreí.

—Sí, pero no puedo creerlo. No simpatiqué nunca con la C. I. A. pero sus agentes son gente íntegra, honesta... No, Vincent. No lo admito, la verdad...

—¿Pudo infiltrarse alguna otra persona que no fuese militar ni agente de la C. I. A.? —sugerí vivamente.

—Casi imposible... a no ser que supiera de la Base y sus sistemas de seguridad y control tanto como nosotros, los miembros del Comando Estratégico del Aire, o los hombres de la Agencia Central de Inteligencia, ¿comprende?

—Sí, comprendo —asentí— Pero todo esto no nos lleva al terreno donde sin duda husmeó muy astutamente Sharon, para llegar a obtener evidencias favorables a usted, Sylvester

—No sé —suspiró él— Creo que nunca lo sabremos a ciencia cierta. Lo que sí es verdad, es que Sharon llegó a una conclusión, quiso revelarla a la C. I. A... y la eliminaron antes de que pudiera hacerlo, porque como usted ha descubierto vigilaban su departamento muy de cerca desde el piso de enfrente. Se anticiparon matando a Sharon. Y ella se llevó su secreto a la tumba. Sería preciso que ella resucitara, para que tuviéramos la más leve idea de lo que pudo averiguar... Sinceramente, Vincent. No lo sé. Es mi vida la que está en juego... y no puedo ayudarle. No puedo... Solamente Sharon conoció la verdad. Sólo ella...

—Sólo ella... —me erguí de pronto— Sí, sólo ella... Si Sharon no estuviese muerta, si Sharon viviese... todo sería diferente.

* * *

—Desgraciadamente no es ese el caso —gimió Sylvester, abatido— Ella murió. Usted vio su cadáver, ¿no es cierto? La sepultaron... y ahí terminó su historia.

—Yo vi el cadáver de una mujer que me dijeron era Sharon Weld —dije lentamente, con los ojos brillantes, el gesto tenso, excitado.

—¿Qué? —Sylvester me miró sorprendido, con sobresalto.

—Yo vi a Sharon Weld, pero nunca antes la vi con vida. Otros que la conocieron, se encontraron con que tenían que identificar, en el departamento de Sharon, un cuerpo sin ropas, con el rostro de Sharon. ¿Oyeron su voz la vieron moverse, actuar? No, Sylvester. Sólo vieron el cuerpo desnudo, habitualmente visto en fotografías...

Y oyeron un disco, con la melodía que ella cantaba... Todo invitaba a estar seguro de que la muerta era Sharon.

—Dios mío, Vincent, y lo era —jadeó el reo— Lo era, ¿no...?

El rostro de Sylvester no era el mismo.

Enteramente parecía otra persona.

—¿Lo ve? —dije con extraña entonación— Usted ya duda, Sylvester... ¿Por qué ha dudado por primera vez?

—No... no sé... —el ex-oficial me miró aturdido— Usted dijo... Pero no hay ninguna mujer que pueda... confundirse... con Sharon...

—Si la hay —afirmé gravemente— La hay, Sylvester. Una mujer llamada Sheena Kent... La «doble» exacta de Sharon Weld... ¿O es Sharon la «doble» de Sheena Kent?

CAPÍTULO II

¡No! —Cornell Lehman pegó un respingo. Me contempló con vivo horror— No eso no puede ser, Vincent...

Suspiré mirando al campo donde habitualmente Lehman se entrenaba a karate. Sacudí despacio la cabeza. Miré alrededor. Estábamos solos en el amplio gabinete.

—¿Y Deanna, su esposa? —pregunté.

—Arriba —dijo él— En el aseo. ¿Quiere verla?

—No. Lo que quiero es que ella no nos oiga. Que nadie salvo nosotros dos sepa lo que estoy diciéndole...

—¿Por qué Vincent?

—Ella podría cometer una indiscreción sin querer. Es algo demasiado trascendente, si estoy en lo cierto en cuanto dije.

—Es absurdo. Sharon murió...

—Una mujer murió. ¿Sharon? ¿Sheena? Nadie podrá asegurarlo.

—Stern, el fotógrafo, dijo...

—Stern puede ser engañado por una mujer hábil. Sharon siempre fue muy hábil. Sabía cambiar de voz. He oído en cinta magnetofónica una entrevista concedida a una emisora de radio. Se parece poco a su voz en el disco. Y hay quien dice que menos aún a la suya natural, Sheena por tanto, NO TIENE LA VOZ DE SHARON. Pero podría ser Sharon.

—Es idéntica, conforme. Pero no lo es.

—Bueno... no —suspiró Lehman, perplejo— Pero ¿por qué ocultaría ella... que era Sharon?

—Por Dios, Lehman, es sencillísimo. ¿Aún no se ha dado cuenta exacta de lo que pretendo decirle?

—¿Cuenta de qué?

—Alguien un asesino, llegó al apartamento de Sharon Weld la noche del once de diciembre. Mata a Sharon. La despoja de sus ropas, prepara el escenario... Sharon ha muerto Sharon ya no hablará... Pero esa noche, Sharon había citado allí a su «doble» Sheena para hacerla aprender nuevos trucos que la hagan parecerse más. Quiere gastar una broma, un gran truco, posiblemente al abogado McDivitt, o al propio Stern, o a su familia... Además está asustada por una serie de anónimos de algún chiflado puritano y fanático y desea dejar a otra persona en su lugar. Eso es lo que proyecta Sharon burlonamente. Sheena va a verla. Sharon no ha llegado aún. Espera Sheena. Entonces arriba estaba el asesino. Mata a Sharon antes de descubrir que NO ES Sharon, sino Sheena Kent.

—Dios, no es posible...

—Vaya si es posible, —sonreí— Entonces Sharon se entera de lo que ocurre. No va a ser tonta de dar la cara y decir que ella es Sharon y su «doble» la víctima. Eso sería tanto como ofrecerse de nuevo, impunemente, al asesino desconocido. Es astuta, y planea rápidamente un doble juego astuto. Finge no ser tan parecida a sí misma como todos suponen. Busca detalles que la diferencien. Y dice que es Sheena. Todos la creemos. ¿Por qué motivo? Porque nos hemos habituado a una idea fija, ya grabada en nuestra mente: «SHARON ESTA MUERTA». Lo demás es absurdo. A nadie se le ocurre. Ella cuenta con ese factor favorable, y juega su baza. Es Sheena para todos. En realidad sigue siendo Sharon. Y ahora, astutamente, calla cuanto sabe, para no correr riesgos. Sospecha quien pueda ser el culpable pero no está segura. ¿El autor de los anónimos? ¿El auténtico espía y traidor al servicio del extranjero? Sea quien sea, ya estará tranquilo, una vez muerta Sharon. Sheena

vive en la impunidad. Nadie la hará daño. No hay motivo para ello, después de todo...

—Suenan a un disparate... pero sólo al principio —jadeó Lehman, pálido— Luego a medida que se piensa... se comprende que puede ser cierto. Pero ¿cómo probarlo, cómo obtener de ella el secreto de su investigación?

—Es fácil —sonreí— Por eso le he dicho antes que era mejor que nadie nos escuchara. Venga, Cornell. Vamos a hacer un experimento.

Fuimos al teléfono. Descolgué, marcando un número. Esperé. Junto al auricular, se puso también Cornell Lehman, expectante.

En la distancia, sonó el timbre repetido. Una vez tras otra. Al final, descolgaron.

—¿Diga? —preguntó una tímida voz.

—¿Sharon Weld? —pregunté.

—No, no —una pausa. Una leve vacilación— Sharon Weld está muerta. Habla Sheena Kent.

—Es inútil, Sharon —dije cortante— Sé la verdad. Toda la verdad.

—¿Qué...? —hubo un susurro, un gemido distante. Luego, la voz sonó cálida, como en el disco— Vincent, usted... usted bromea...

—Sabe que no. Sharon, hemos de hablar. Quiero la verdad. Su verdad.

—Dios mío, no... —sonó un leve jadeo— ¿Está... está solo?

—Sí —guiñé un ojo a Lehman— Estoy solo.

—Necesito verle, entonces —musitó la voz de ella, al final del hilo.

—Conforme —asentí— Nos veremos hoy.

—¿Cuándo? —el pánico se notaba en su voz— Tiene que ser lo antes posible. Peligro. Lo mismo que le ocurrió a Sheen... Quiero decir, a Sharon. Yo...

—No finja más, Sharon —suspiré— Estoy ahí en seguida. En menos de una hora. Antes iré al F. B. I. a por unos compañeros.

Rodearemos la casa para garantizar su seguridad. No se mueva, no hable con nadie...

—No, no —gimió— No me moveré, no diré nada. ¡No tarde! Confío en usted...

—Calma. Voy en seguida —colgué.

Miré triunfalmente a Lehman. Estaba lívido, demudado.

—Ya lo oyó —dije roncamente— Voy al F. B. I. No quiero peligros para ella. Acordonaremos el edificio día y noche...

—Me gustaría acompañarle, pero...

—Sharon ahora tiene miedo. Sólo hablará conmigo. Ya no se fía de nadie. Nos veremos más tarde, Cornell. Y sabrá usted todo.

—Sí, sí... Suerte, Vincent. De veras que si Sylvester es inocente... merece salvarse.

No respondí. Salí presuroso del hogar de los Lehman.

CAPÍTULO IV

La llave giró en la cerradura. Lenta, suavemente.

Sin ruido.

Sheena se incorporó de un salto, al oír el leve roce de pasos en el recibidor. Luego, chascó la puerta.

—Vincent... —murmuró— ¿Es usted?

No hubo respuesta. Los pasos siguieron adelante. Alguien entró en el gabinete. Sheena dio un leve respingo. Miró con estupor hacia la persona que aparecía ante ella.

—¿Eh? —musitó— ¿Quién... quién... es usted?

—Cálmese amiga mía —dijo la voz afablemente— Me envía su amigo Vincent. Él no ha podido llegar aún. Ya sabe, tenía que ir al F. B. I. previamente...

—Sí, sí... Pero él... él solamente debería saber...

—Vamos, vamos, fíese de mí. Yo soy una persona amiga. No voy a hacerle daño...

—No debió venir. ¿Cómo tiene la llave...?

—Vincent me la dio, no se asuste... Dentro de media hora lo más tarde, tendrá aquí a su amigo Mark Vincent, no sufra... Venga, siéntese ahora... y hablemos. Hablemos ampliamente. Usted debe saber sin duda quién soy yo...

—Sí, claro... Pero al principio no pude reconocer su rostro... Solamente sé su nombre, porque... porque...

—Porque... ¿qué? —los ojos suaves miraron ahora malignos— ¿Por qué... Sharon?

—Bueno, yo...

—Vamos, sea sincera —la apremiaron— Diga la verdad. Usted sabe que yo... QUE YO ROBE LOS DOCUMENTOS SECRETOS Y LLEGUE A LA ZONA DE SEGURIDAD DE LA BASE ONCE USA... porque supe cómo hacerlo, a través de alguien...

—No he dicho eso...

—Usted sabe que yo maté a Sheena... Que estupidez más grande, no comprobar si era su «doble» o era usted, Sharon... Pero ahora no hay error posible. No grite. La voy a matar ya. Ahora mismo. Esta vez será más rápido todo. Un disparo silencioso... y adiós definitivo. Adiós, Sharon Weld. Nunca dirá a nadie quien es el auténtico agente enemigo, la persona que hizo aquello por lo que Lyman Sylvester va a ser ejecutado...

La mano enguantada alzó el arma provista de silenciador. Apuntó a Sheena o Sharon...

* * *

No esperé más.

Todo estaba a punto. Desde mi lugar de observación, me bastó abrir fuego. Una sola vez.

De la mano enguantada de la persona que entrara allí a cometer su crimen nuevamente, escapó la pistola provista de silenciador. Un grito agudo de horror acogió el estampido de mi arma.

Luego, alguien intentó escapar, con los dedos sangrantes. Otra persona se me echó encima, en plena crisis histérica, sollozando agudamente, y rodeándome con sus brazos.

—Calma Sheena —sonreí cordialmente— La dura prueba ya pasó... El asesino ha caído, en la trampa...

La puerta del apartamento se abrió al llegar la persona fugitiva a la salida. Entraron varios federales, el teniente Lundigan...

Hubo una imprecación de odio infinito, y la persona culpable fue reducida, esposada. Me acerqué. Dije con voz fría, impasible:

—Lo siento. Perdió su partida esta vez. La trampa funcionó y usted se tragó el anzuelo. Nunca estuvo aquí Sharon Weld, desde

que fue asesinada aquella noche. Sheena simplemente, demostró que puede ser su «doble» exacta, llegada la ocasión... ¿Le gustó mi modesta representación... SEÑORA DEANNA LEHMAN?

La elegante, bella, aristocrática esposa de Cornell Lehman, me lanzó un salivazo por toda respuesta, con una obscena, sucia palabra.

Conclusión

Eanna Lehman, la esposa de Cornell... —masculó Lundigan—
¿Cómo lo supo Mark?

Me encogí de hombros.

—Tenía que ser Lehman. Y de no ser él, que conocía todos los secretos militares de la Base... una persona a quien él informase. Hice la prueba con la trampa de idearme a Sharon resucitada. Mi doble juego resultó. La señora Lehman se delató fácilmente. Por eso Cornell llegó tarde aquella noche. Por eso yo llamé desde su casa. Ella escuchaba siempre, conocía cuanto sabía su marido... y actuaba en consecuencia, con mucha eficacia. Así pudo llegar tan lejos en su juego siniestro...

—¿Y los espías de la casa de enfrente, Mark?

—Evidentemente, miembros de la organización extranjera para la que trabajaba la señora Lehman. Vigilaban a Sharon desde que descubrieron que sus pesquisas iban por buen camino. Nunca sabremos cómo se enteró Sharon de que la señora Lehman era culpable, motivo por el que sólo quería hablar secretamente con su marido. Ahora, Sylvester saldrá de prisión y será ella quien pase por ese trance terrible.

—Y todo gracias a un juego de fantasías suyo, Vincent... —se quejó Lundigan— Puso en peligro la vida de Sheena Kent...

—No teniente. Yo había enviado previamente, de modo secreto, varios agentes a la casa. Yo mismo fui allí con rapidez. Esperamos a Deanna Lehman. Y todo salió bien. Claro que ella corrió algún

riesgo... —la miré con gratitud y afecto— Pero es una chica, muy valerosa y decidida.

—Y una perfecta «doble» de Sharon —rio Lundigan— ¿Por qué no la lleva a la lectura del legado de los Kohner?

—No creo que valga la pena. McDivitt me ha confesado que la cuantía de la herencia no es gran cosa. Sheena preferirá perder su tiempo viniendo conmigo a cenar, pongamos por caso.

—Encantada, Mark —asintió la joven, risueña— No soy Sharon Weld, pero seré una buena compañía para usted esta noche...

—Sharon Weld murió ya, Sheena —dije calmadamente— Hay que olvidar a los muertos... y pensar más en los vivos. Además, usted es tan bonita como ella... y es seguro que terminaré dándome cuenta de que uno sólo se puede enamorar de las personas vivas...

—¿Qué quiere decir con eso? —se sorprendió ella, vivamente.

—Nada —reí— Se lo diré con más calma esta noche...

Y tomándola de un brazo, dejé a Lundigan solo, marchándome a la calle con Sheena Kent. Una nueva Sharon. Pero llena de vida, de atractivos...

FIN

Notas

[1] Traducción libre: «Sharon, ella es el amor, es el amor, es el sueño; Sharon, ama a un hombre, te ama a ti. Sé tú mi corazón, sé mi hechizo, porque tú nunca perderás a tu Sharon... Sharon, yo soy, yo soy, sí, por siempre para ti. Yo, Sharon, tu chica, tu amor, tu cielo, y tu infierno.... <<



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145 - USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.